

EL MITIN DEL DOMINGO

Nos reunimos los republicanos en el Frontón Central para dar las gracias al pueblo de Madrid por su conducta patriótica en las últimas elecciones, y resultó un enérgico acto de crítica y de protesta contra la política económica del gobierno, que es lo que principalmente debemos combatir.

La ley de azúcares, la adjudicación de la escuadra, el empréstito amortizable, la subvención a la Transatlántica y todo cuanto en el mismo sentido y con iguales propósitos realiza o intenta el gobierno, fué analizado y desmenuzado allí. Los aplausos se sucedían y prolongaban con gran justicia.

Desde que nos libramos de la pesadumbre de los jefes de derecho divino, los republicanos podemos entendernos y ensanchar los horizontes de nuestra propaganda antimonárquica.

Sigamos por este camino, y quizá en un par de años enmendemos los errores y desaciertos de quince o veinte.

EL DIOS DINERO

Aquellos israelitas que adoraron un becerro de oro eran unos imbéciles, porque se contentaban con el oro que cabe en un becerro.

Ahora hemos abierto horizontes inmensos donde la vista queda deslumbrada, la mente absorbe y el avaro experimenta la embriaguez frenética de la pasión satisfecha, ahita, anegada en el objeto de sus ansias.

Oro por todas partes. Oro que sube hasta el cielo como escala brillante, oro que gobierna los pueblos cual cetro misterioso, oro que dignifica y embellece a los vivos, oro que engrandece a los muertos, oro en tisúes tenues que envuelve vicios y vergüenzas convirtiéndolos en virtudes, oro que forma escabeles sobre los cuales los tontos de capirote parecen enteramente sabios e inteligentes, oro que recubre sacerdotes falsos y repulsivos y los torna en santos y perfectos, oro que circunda la frente pintada de las prostitutas para que reciban el homenaje de las venerables matronas, oro que, perfumado con incienso, ocupa los altares y los templos, oro que, con guñapos de púrpuras y armines, recibe juramentos y manda ejércitos.

¡Qué espectáculo tan grandioso!
¡Qué decoración tan fantástica!
¡El amarillo en todas sus tonalidades!
¡El Sol avergonzado ante el brillo de la Tierra!
¡El reinado del oro!
¡La apoteosis del oro!

Para mayor belleza, esta espléndida vista tiene su claro oscuro. Una sombra, como una nube, que también tiene su poesía. No se distingue bien de qué está formada; es algo negro, como estuche de terciopelo obscuro que guarda la joya fulgurante. Un gris casi negro.

Acercándose, se notan rayas encarnadas y blancuzcas.

Fijándose mucho, se ve que la masa está formada por una infinidad de gentes medio deshechas, como aplastadas y molidas por algún trapiche gigantesco. Hay allí carnes exangües, huesos que blanquean dislocados, esqueletos que todavía se estremecen, mandíbulas que masculan las piltrafas que encuentran cerca, entrañas que palpitán, ojos que miran y que lloran, niños que se pudren mezclados con los muertos, y, lo que resulta más expantoso, de la pasta humana salen rumores de ayes, de oraciones, de plegarias...

Es difícilísimo entender lo que dicen. Suenan palabras incoherentes: ley, fraternidad, Cristo, caridad, religiones...

Esta brillantísima vibración del oro sobre el opaco fondo de la miseria y de la muerte, este *dernier cri* de la *mise en scene* del modernismo, es la obra maestra de los tres más grandes artistas contemporáneos: la Iglesia, la Monarquía, la Compañía de Jesús.

Treinta años de continuo trabajo, con un solo lema: «Todo para los ricos, nada para los pobres», han dado tan brillantes resultados. Los pobres hechos un amasijo, y los ricos eclipsando al sol.

Los de arriba contando ya sus rentas y sus negocios por cientos de millones de duros, cascadas de billetes de Banco, cataratas de oro acuñado.

Los de abajo sin pan, sin hospitales, sin escuelas, sin asilos, sin pequeñas industrias, y con tifus y viruelas y balazos de los civiles y miasmas putrefactos...

El cilindro enorme de la plutocracia llevando encima magnates, curas, príncipes, jesuitas, y pasando por encima del pueblo debilitado y enflaquecido por el dolor y las privaciones.

Y, mientras se hace el destrozo humano, la pasta informe de sangre, de llanto, de desesperaciones, los que trituran, los que muelen, los que aplastan, van cantando y gritando.

Cantan el *Tantum Ergo*, el Rosario Dominicano, El Corazón Santo y dicen que están regenerando a España, que están haciendo la revolución desde arriba (de la aplanadora) que son apóstoles de la moral, adoradores de la Cruz y Santos sin más ansia que conseguir la gloria sempiterna.

Dice la Santa Escritura que vió el profeta Ezequiel un inmenso, campo sembrado de huesos humanos, y oyó una voz que decía: «Habla a esos huesos», y les habló y los huesos se movieron, se unieron y formaron un ejército formidable y aguerrido.

Pues aquí no va a suceder, sino que está sucediendo ya que alguien de voz fecunda y milagrosa, la idea republicana y democrática, habla a la masa informe y triturada.

Y esa masa va a vibrar, a agitarse, a formar un ejército inmenso y entonces la aplanadora con sus curas, sus príncipes y sus devotos de uñas largas, va a volar más alta que las estrellas y a caer hecha añicos entre los aplausos y los hurras de todo el mundo civilizado...

PEDRO CRESPO

Gracia de justicia

La Junta de Reformas Sociales de Valencia ha solicitado del Gobierno el indulto general para los presos por delitos comunes con motivo de la Exposición regional recién inaugurada allí.

Varios centros y sociedades de España se han adherido a la petición, amén de la prensa, siempre dispuesta a apoyar lo justo. Y justo es aliviar en parte de su pena a los desventurados que están en cárceles y presidios, y que, por las durezas del sistema penitenciario vigente, la sufren duplicada.

Uno mi ruego al de todos, y aplaudiría al Gobierno si se decidiera a realizar ese hermoso acto de justicia.

De la otra vida

Era un pueblo hambriento. Su agricultura era primitiva, rudimentaria; su comercio, insignificante; su industria comenzaba apenas. Las nueve décimas partes de su suelo permanecían incultas, abandonadas, desde tiempo inmemorial; la parte explotada lo era por procedimientos antediluvianos, y no producía ni con mucho lo necesario para alimentar a la población. Los ríos, muchos de ellos caudalosos, corrían a la mar sin reparar en la sed de la tierra. Nadie pensaba en abrir canales, en construir pantanos. No escaseaban las minas, pero la falta de recursos de todo género hacía que quedasen improductivas. Alguna que otra poderosa compañía extranjera se encargaba de llevar a su país la riqueza que los naturales no sabían aprovechar. De cuando en cuando, y de mil en mil kilómetros, se montaba una fábrica con la ayuda de ingenieros alemanes, ingleses o belgas; mas lo defectuoso de la técnica hacía imposible la competencia con los productores extranjeros. Bien es verdad que el Estado, brutalmente misoneísta, se complacía en ahogar toda iniciativa. Un bárbaro sistema de tributación esquilmaaba al país. Una política económica desastrosa, llamada de nivelación, impedía, paralizaba todo desarrollo.

Era un pueblo ignorante. La miseria fisiológica se traducía en una horrible miseria mental. El maestro de escuela, víctima de la administración rural, agonizaba. El que llamaba Víctor Hugo «primer magistrado de la nación» era en aquel desdichado país objeto de la burla, del desprecio general. Los analfabetos constituían las dos terceras partes de la población. La segunda enseñanza y la enseñanza superior hallábanse en manos de dómines disfrazados de pedagogos. Los padres se consagraban a embrutecer a sus

hijos; los representantes de la ciencia oficial, secos, rígidos, huecos como cascabeles, tenían la misión de embrutecer al pueblo. Las aulas parecían cárceles por lo oscuras y cementerios por lo frías. Una pedagogía brutal deformaba las inteligencias y destruía los caracteres. Aquel pueblo de diecisiete millones de almas y de quinientos mil kilómetros cuadrados de superficie gastaba en instrucción pública menos que el municipio de Nueva York.

Era un pueblo esclavo. Un pueblo que no come, que no lee, mal puede ser un pueblo libre. La más odiosa y repugnante de las tiranías pesaba sobre él. En medio de la ignorancia general alzábanse cuatro bachilleres que hacían de todo botín de guerra. Impe-raban el caciquismo y la oligarquía. Pandillas de aventureros recorrían el país estrujándolo como a úbre riquísima. La voluntad nacional era infamemente secuestrada en los comicios. El sistema representativo era una indigna caricatura. El Estado, obra de artificio, era como una enorme cabeza sin miembros. Lejos de representar la unidad del todo social, de ser instrumento de paz, garantía del derecho, era expresión de las luchas, de los odios, de la parcialidad de las facciones. Señor de vidas y haciendas, el cacique se erguía insolente en la región, en el concejo. Antes de aventurarse a salir de su casa el infeliz contribuyente y elector debía dejar convenientemente atada su bolsa. Y menos mal si no tenía que poner a su mujer el cinturón de castidad.

Tras una larga ausencia, llegó Juan a su pueblo. Venía del Norte, de Inglaterra, de Alemania, de Bélgica. Venía de frecuentar las cátedras de más renombre de Europa, de asistir a los grandes mitins de Trafalgar-Square, del bullicio, de la agitación de las bolsas de cambio, de la batahola de los negocios, de concurrir a las universidades populares, de recorrer las grandes fábricas, atronados los oídos por el ruido de los martillos colosales, deslumbrados los ojos por las sangrías admirables de los altos hornos...

Como había dejado el país de niño, todo le era desconocido. A cada paso tenía que preguntar. Se admiraba de no ver fábricas, de no ver minas, de no ver escuelas, de no ver ferrocarriles, de ver los campos yermos, viviendas miserables... Cierta día, en un patio grande, de casa antigua, destartada, distinguió a una inmensa multitud. Desde un balcón, un hombre, vestido de un modo extraño; hablaba a grandes voces, moviendo los brazos como aspás.

—¿Qué es eso?—preguntó Juan a uno de los que le acompañaban.—¿Un mitin?

—No—contestó el interrogado.—Hablan de la otra vida.

—¿De la otra vida!—exclamó asombrado Juan. Y tendiendo la vista por los campos yermos, sin fábricas, sin escuelas, sin caminos, sin casas, añadió:—¿Por ventura no tienen nada que hacer en ésta?

ALVARO DE ALBORNOZ

Estadística penitenciaria

Hay en España 476 prisiones preventivas y correccionales y 12 prisiones de penas aflictivas.

Carecen de médico 13 prisiones correccionales y de maestro de escuela 439, más 2 penitenciarias.

Para los 488 establecimientos penales hay 475 médicos, 343 capellanes y 57 maestros de escuela.

Hasta 443 prisiones carecen de escuela, 312 de enfermería y 212 de capilla y altar.

Hay biblioteca sólo en 13 prisiones, encerrando todas las bibliotecas 9.036 volúmenes, de los cuales 6.601 están en Madrid, si es que no se han evaporado. Biblioteca hay de 75 volúmenes! y de las 12 penitenciarias, en 8 faltan en absoluto los libros.

En los talleres de correccionales y penitenciarias hay oficiales de primera que ganan 10 céntimos al día, oficiales de segunda con 6 céntimos, oficiales de tercera con 5 y aprendices con 3. La jornada es de ocho horas, y los más para ganar esas sumas trabajan a destajo.

De tales cantidades la administración se queda con la mitad y el resto se divide en dos partes iguales, una de las cuales se le entrega al preso y la otra va al fondo de su ahorro individual.

Así un condenado a cadena perpetua que trabaje en la fabricación de sillas en San Miguel de los Reyes de Valencia, en los

treinta años que dura la condena, si no pierde un solo día puede ahorrar:

Oficial de 1. ^a	40 pesetas
Idem de 2. ^a	24 —
Idem de 3. ^a	20 —

Hay taller que emplea 459 hombres por día y paga 21,18 pesetas de jornales.

En muchos talleres los aprendices no cobran nada.

Y para que se vea el crédito que merecen los datos relativos al valor de la producción—¡qué interesante sería comparar este valor con los jornales!—citaremos un taller de Granada que empleando 25 hombres—cinco de ellos sin jornal—declara una producción de 90 pesetas!

En el preámbulo de la *estadística* se dice que se reanuda su publicación con objeto de tener una base de hechos en que cimentar reformas. Como en años sucesivos no mejoró, la *estadística* no cumplirá su objeto.

Tal vez los iniciados, los que «estén en el secreto», puedan sacar de ella alguna substancia; los simples mortales vemos muchas cosas que no nos explicamos sobre todo en lo referente al trabajo, y notamos la falta de cuadros de mortalidad, y morbilidad, por ejemplo, lectores en las bibliotecas, resultados de la enseñanza, etc., etc.

J. J. MORATO

ECOS DE LAS PRISIONES

Señor director de Penales:

Proponga usted para una recompensa, si el Reglamento le impide ascenderle, al celoso, justo y humanitario director del Penal de Ocaña, por varias razones que ya le diré, pero especialmente por la energía que emplea con el preso Anselmo Catalina.

Por si no recuerda usted quién es éste, le diré que es aquel preso que desde la Cárcel Modelo de Madrid le escribió a usted varias instancias pintándole al vivo lo que él llamaba horrores ocurridos en cárceles y presidios; que fué destinado a Chinchilla, y el señor Monfort, funcionario modelo, a pesar de apodarse la canalla presidial *La Hiena Negra*, le encerró en una celda el día de su llegada, amarrándole en blanca, y allí lo mantuvo hasta el día de su salida, porque se negó a escribir un artículo contra Salillas; que vuelto a la Cárcel de Madrid publicó otras instancias refiriendo lo que le había sucedido, y al ser trasladado después a Ocaña se le encerró nuevamente desde el día de su llegada, y allí permanece sin hablar con nadie, sin pasear, como en un *in pace*.

Y para que se forme usted una idea de la saludable severidad con que se le trata, le diré que tiene treinta duros en la administración, y todavía no ha logrado que le den ni un céntimo para comprar un pitillo. ¡Y ay del preso que, compadecido, le diese uno! Lo encerrarían y amarrarían hasta el día que cumpliera. ¡Fumar un hombre que habla bien de Salillas! En los penales no puede hoy cometerse crimen mayor.

Estímule usted, señor director, el celo del jefe del Penal de Ocaña, para que no cese en sus buenos propósitos; no sea que en un momento de debilidad vaya a abrirle la puerta de la celda a Santa Catalina y perdamos la esperanza de saber que lo han sacado entre cuatro, que es lo que sin duda se pretende y lo que debe en justicia ocurrirle a todo preso que se permita elogiar a un hombre que ha salido de la Cárcel Modelo de Madrid sin dar una bofetada ni comerse un garbanzo, como si quisiera por este medio indirecto conseguir lo que ni él ni nadie podrá nunca: desacreditar por la comparación a ciertos individuos de Penales.

La carne figura algunos días en el racionado del Penal de Cartagena, pero los penados no la ven.

Uno de ellos apostó a que la probaba un día de Noviembre ó de Diciembre último, y se salió con la suya.

¿De qué modo? Cortándose un trozo de una de sus orejas, y comiéndoselo.

Como hecho, ¡qué brutalidad! Como prueba de lo que ocurre en los presidios con la alimentación del preso ¡qué concluyente y qué justificable!

El antropófago de sí mismo ingresó en la enfermería, donde acabaría de convencerse de que en el Penal aquel no volverá a probar la carne sino mutilándose nuevamente.

Los curas anticlericales

Ya es hora de que se diga al público algo de lo mucho que debiera saber acerca de los pobres sacerdotes liberales de corazón, que están sosteniendo modestamente el verdadero anticlericalismo actual y combatiendo de veras, como nadie, al enemigo, á la teocracia, con perfecto conocimiento, de su lado flaco, de las armas que mejor la hieren, y sin preocuparse de lo mucho que esa labor les perjudica. Ellos están siendo, aunque no lo parece, los padres espirituales del movimiento anticlerical, sembradores de las ideas que luego esparce por ahí quien quiere combatir de uno ú otro modo á la reacción católica.

Estos curas no se parecen á los colegas suyos liberales de otros tiempos. Si en el oriente del liberalismo español hubo un Marchena, luego los Ruiz de Padrón, los Muñoz Torrero y algún otro, que hablaron y escribieron contra la tiranía de la Iglesia, más adelante los que vinieron detrás callaron y no hubo uno solo en la palestra.

Durante el reinado de Isabel II vivieron Lahoz, Pulido, Paniagua, Romero y muchos más, todos limitados á emitir sus ideas ante cuatro amigos y á conspirar por la revolución; sólo uno, Antonio Aguayo, alzó el grito en su famosa *Carta á los presbíteros*, con motivo del reconocimiento del nuevo reino de Italia, formado con territorios que arrancó al Papa Garibaldi. Y el infeliz Aguayo, tan valiente y tan bueno, se vió abandonado por los liberales todos de su tiempo.

Sobrevino la revolución; los curas liberales citados bastante figuraron; aparecieron otros: los Rocafull, Piérola, Briones, una buena cantidad de ellos; muchos disfrutaron buenos destinos; hablar y escribir, eso no lo hizo ninguno más que otra vez el pobre Aguayo, dedicado ya al periodismo y explotado como un negro por avaros empresarios. Diputados fueron Alcáza Zamora, Llorente y Lahoz; ninguno abrió la boca para combatir á la Iglesia, que estaba fomentando el carlismo.

Se puede afirmar que las épocas de la Revolución y de la República no produjeron clérigos anticlericales. Los hubo revolucionarios, como Santa Lucía y Amaya, como Jerónimo Torres, como uno ó dos parientes de Ruiz Zorrilla, y algún cura de pueblo que pasó obscurecido; oradores ó escritores, lo que se llama intelectuales de batalla, ni uno. A la Iglesia la hostilizaron seglares: Castelar, Orense, Rívero, García Ruiz, Suñer, no los clérigos; y cuidado si los hubo de ideas avanzadas!

Llegada la Restauración, algunos de aquellos curas, tan favorecidos en la época revolucionaria, se reconciliaron con la Iglesia. Tales fueron Pulido, Rocafull, Piérola, Ros Biosca, Santa Lucía, Llorente, Méndez, ¿qué sé yo? bastantes. Y si en días de libertad no había salido uno, pluma en mano, ó voz en cuello, ¿cómo esperarlos en plena reacción? Yo conocí á un tal Sagarzazu, que, asqueado, se separó de la Iglesia; pero se hizo periodista de sport, y así murió perfectamente desconocido. Aguayo tuvo que emigrar á Buenos Aires.

No había en Madrid ningún cura que se metiera con el clericalismo, que á pasos de gigante avanzaba con la monarquía de Alfonso XII, cuando me decidí yo, en 1884, á hacer los primeros pinitos. Me había dado clara cuenta de lo que la reacción fraguaba y al fin ha hecho.

Era yo entonces un clérigo jovenzuelo, obscuro, postergado por sospechosos de liberalismo no tanto como de independencia de carácter. Desempeñaba una plaza en el cabildo de capellanes de San Sebastián, y bien mirado como hombre por mi conducta (nunca he sido modesto); como clérigo, ¡huum...! empezaba á oler á azufre.

¿Si? No sirve el conducirse bien y cumplir con su deber en el clero? ¿Cuánto me alegro! Tú, Pepe, me dije, nunca pasarás de ranchero; ¿á dónde vas con esas ideotas? Un día ú otro, te arrojan de la Iglesia ó tienes tú que irte.

Pues preparémonos. E hice mi debut en *Las Dominicales*, porque no había otro periódico más á propósito; luego me llevó Figueroa á *El Resumen*. Lo demás, bien conocido es; el escandalazo del libro *Los secretos de la confesión*, mis campañas, la furia de los neos y la preocupación del alto clero, el bajo no veía mal aquello. Rampolla, entonces nuncio en Madrid, dijo en acabando de leer los *Secretos*: «Este hombre es sacerdote, no hay duda, y de tal laya, que mientras él exista, la Iglesia de España no debe dormir tranquila.» ¡Cuánto le agradecí este elogio á Su Excelencia!

Sabido es que por no afligir á mi pobre madre con una excomunión, tuve que andar con pseudónimos y trampantojos; las autoridades los conocían, pero ¿cómo probarlos? Me procesaron, pero tuvieron que sobreseer. Fue una mi buena madre, fué tanto lo que me quedaba me quebrantó, que arrinconé la pluma.

Descansemos. Hay años que no está uno para nada. Pero trasladado Sancha á Valencia, la furia de los neos estalló. Vuelta á procesarme, sentencia, reclusión en la Trapa, que acepté voluntariamente porque así me cargaba de razón, y por último, franca rebeldía. ¡Ah! respiremos; me cansaba ya tanta comedia indigna. Religión... ¡vaya! pero ¿dominio del Papa? Fué eso el odio de toda mi vida y lo será mientras aliente, si-

quiera por españolismo; el Papa es extranjero en todo el mundo, y más aún en su patria.

¿Dónde dirás, lector, que preparé yo toda la campaña que vengo sosteniendo hace doce años? Pues en la Trapa misma. Los buenos padres, que me trataron bien, se asombraban de que un sentenciado por liberal se pasara muchas horas del día sobre libros religiosos. Era que me estaba preparando; tenía mi plan.

Creyeron los neos al verme libre que me moriría de hambre por falta de periódico donde escribir, ó me haría protestante, ó caería en otra degradación parecida, que les hubiera gustado mucho. Pero Lerroux me abrió su *Progreso*, Nakens su *Motín*, luego me llevó á *Vida Nueva*, de Soriano, y Dicueta á *El País*, donde continúo.

¡Caspitina! y cuánto he hablado de mí mismo! Lector, era indispensable; los curas que siguieron y hoy siguen este camino mismo, valen el que menos diez veces más que yo; pero las circunstancias han hecho que este pobre clérigo sea el que más ruido ha causado, el que más tiempo lleva en la brecha después de iniciadas las campañas anticlericales españolas más grandes y sostenidas que se habían conocido hechas por presbíteros.

Al mismo tiempo que yo me declaraba en rebeldía, entraba en liza Pey Ordeix en Soría, luego en Barcelona; poco después, *Cantacaro* aquí en Madrid, y Sarmiento, á quien llevó á *El País*; A los dos años, *Fray Gerundio* en *El Diluvio*, de Barcelona, y meses después Lázaro en Sevilla. Gabarró, en Barcelona, y Ardieta, en Valencia, lucharon con la pluma antes que yo, más valiente el primero y muy desgraciado. *Cantacaro* había también hecho sus armas en Alicante, pero aquellas eran otras campañas y merecen juicio aparte de las presentes, muy laudatorio en verdad.

Bien; pues de todos no hemos quedado más que tres; dos notables: *Cantacaro*, en Valencia, *Fray Gerundio*, en Barcelona, y este humilde siervo de Dios, en Madrid; los tres ponemos ahora en *EL MOTIN* nuestras firmas, los tres sostenemos la pelea en primera línea, y ya, definitivamente; los tres podríamos hacer mucho si se nos ayudara. Lo pensamos y acaso lo realicemos.

¿Cómo y por qué hemos quedado solos? No me resta espacio para tratarlo.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Un buen ejemplo

Otro cadáver en disputa.

El alcalldillo de Sestao ha intentado arrebatarse al maestro de escuela, Sr. Fernández Peñañel, el cadáver de una niña para inhumarla católicamente, cuando el padre había dispuesto que el entierro fuese civil.

Primero le ordenó que sacara inmediatamente de la casa á la difunta, so pretexto de que había succumbido de una enfermedad infecciosa, y el médico certificó de neumonía; después se personó con varios polizontes y sepultureros en la vivienda del maestro, y no logrando vencerle, mandó á uno de sus emisarios por el auto judicial, amenazando con sacar á viva fuerza el cadáver de la niña.

Entonces el padre, en un arranque viril, cogió y estrechó entre sus brazos los fúnebres despojos, atravesó con ellos la fila de agentes que había en la escalera, imponiéndose por su respeto á la turbamulta de aquellos macabros sayones, y consiguió depositar el cadáver en el cementerio civil, adonde le acompañaron varios amigos.

Sólo con tales ejemplos de energía vamos á poder mantener el derecho de los vivos y los muertos contra los que ni en vida ni en muerte nos dejan en paz.

Y esa es la religión cristiana? ¡Qué escarnio! Más que adoradores del Cristo, son hienas que no se sacian de carne podrida ni de merodear en los cementerios.

Vamos á tener que espantarlos por el procedimiento que emplea el obispo de Orense para imponer su voluntad.

BLASFEMOS

Y has de saber, lector indulgente, que nada es más fácil á un escritor que pasar por grave y por erudito. No hay sino acudir á cualquier manual, y él habrá de satisfacerle cumplidamente cuando quisiera disertar sobre un punto cualquiera de moral ó de disciplina, verbí gratia, en punto á blasfemia. Allí ha de encontrar qué especie de pecado es la «contumeliosa in Deum locutio», cuándo es deshonesta, imprecatoria y execratoria, y aun de qué modo fué castigada con el lapidamiento por Moisés, con la excomunión por los cánones (cap. de Maledictis), con la muerte por Justiniano, con la reseción de la lengua por las Partidas, por la Novísima con su horadamiento y con tres meses y un día de arresto por el antiguo Código penal. Con esto y un buen golpe de concordancias y fallos del Supremo, podrá el más modrego quedar, en asunto tan complicado, como las propias rosas de Jericó. Lo que no dicen los manuales ni los Dic-

cionarios Enciclopédicos es la eficacia que en este punto pueden tener las medidas gubernativas. Sin ser un prodigio de perspicacia, se puede presumir que ninguna. Porque, ¿cómo hemos de creer que una multa ó una simple inclusión en el registro de blasfemos han de conseguir lo que no consiguiéron ni el taladramiento de lengua, ni la lapidación, ni la muerte, ni las llamas mismas del Averno? Preciso sería que nuestra policía tuviese un don sobrenatural, para que fuera más poderosa que Justiniano, que los Concilios, las Siete Partidas, la Novísima, y aun que el mismo Moisés, quien separó las aguas del Nilo, dominó plagas, habló con el Sumo Hacedor, colaboró con el Espíritu Santo é hizo otras zarandajas no menos peregrinas.

Hay, pues, motivo para presumir que las nuevas medidas contra la blasfemia serán tan ineficaces, por lo menos, como las anteriores, y que pierden de un modo lastimoso su latín cuantos discuten su conveniencia. ¿A qué pelearse por si es prudente ó no promulgarlas si no sirven para maldita de Dios la cosa? Viene á ser algo así como si se hablase de los pararrayos submarinos ó de la canalización del pico de Teide. Todo ello muy ameno, muy peregrino; pero pare usted de contar.

Paréceme que cuantos hablan de la blasfemia dan á esta palabra un significado que no tiene, aplicándola á toda expresión grosera y soez, siendo así que supone injuria, y especialmente contra Dios y sus santos. Y siendo esto así, ¿qué puede importar al Ser Supremo, que todo lo sabe, que todo lo puede, que es dueño de todas las cosas, que haya en un pueblo de cien vecinos un herrero que, porque no pueda arrancar un clavo, tenga el mal gusto de decir lo que le fuera imposible hacer; ni qué puede disgustar á los santos, que disfrutan de todos los bienes, sin la mezcla de mal alguno, que, al doerle un colmillo, miente un desgraciado al beato San Emerenciano ó al bienaventurado San Apapucio? Seguramente los justos beatíficos sonreirán para su capote ó su túnica, y dirán con el soberano del cuento: «Ahí me las den todas.»

Los blasfemos, después de todo, merecen compasión, por ser gentes sencillas y desgraciadas. No es corriente que una persona falte á la consideración debida á las once mil vírgenes cuando le cae la lotería ó recibe la nueva de un ascenso, como no lo es que prorrumpen en exclamaciones á un apóstol cuando queda cesante, ó un transeunte le pisa en un callo. Por todo ello parece bien un ápice de benevolencia. En todo caso, siempre nos quedará el recurso, cuando todo nos salga al revés, de dejar al Empíreo en paz, y sin temor de incurrir en blasfemia, holgarnos en Justiniano, en las Siete Partidas y en la Novísima Recopilación.

ANTONIO ZOZAYA

Moneda falsa

El vecindario de San Sebastián se mostró hace poco sorprendido al ver que las autoridades consentían el paso de una peregrinación carlo-católica, que atravesó la capital donostiarra, al regresar de Guadalupe, con banderas y música y rebuznando mística-

mente. Por mi parte, estoy conforme con que la libertad sea igual para todos los ciudadanos; y si algún día llego al poder con la República, daré un decreto en este sentido:

«Se permite reunirse y manifestarse á todos los españoles en la vía pública, menos á los neos. En primer lugar, porque no estoy muy seguro de que los neos sean españoles, ni aun hombres; en segundo, porque odian á la libertad cordialmente.»

Y les pagaré en la misma moneda falsa que ellos han puesto en circulación.

«¡N! alegro de verles güenos!»

Pues señor... ¿Qué?... Nada, amables beatas; que en Barcelona andan los presbíteros muy atareados con motivo de la próxima canonización de un nuevo santo. Creo que se llama San Pedro Oriol.

Y de este futuro santo se cuentan unos milagritos que dejan bizco á un cristiano. Por ejemplo: entró una vez en una fonda con otros compañeros; comieron y bebieron, y á la postre se encontraron con que no tenían ni un ochavo para pagar al fondista. Si á mí me pasa eso, el fondista hubiera llamado á dos polizontes y me hubieran metido de patitas en la cárcel por estafa. Pero el beato Oriol, que ya iba para santo, va y coge dos rábanos, los pone en rodajas, y éstas se convierten en moneditas, con las cuales pagó santamente la comida suya y la de sus compañeros.

¿Milagrito? Sí, señor; y Dios me libre de poner en duda los milagros, porque, según los clérigos y beatas, eso sería negar el poder de Dios para trastornar las leyes de la Naturaleza. Así, pues, creo firmemente en que, si Dios quiere, puede salir mañana el sol por el Occidente, en vez de salir por el Oriente, según costumbre. Lo que ya no me parece tan creíble, es que Dios quiera hacer eso porque se le antoie á un presbítero con

vistas á santidad, ó á una beata con vistas á virgen y mártir.

Pero volvamos al milagrito de los rábanos convertidos en pesetas por San Pedro Oriol en una fonda de Barcelona, y meditemos, con permiso de un padre capellán.

Vamos á ver, queridas beatas. ¿Hubo milagrito en este suceso? ¡Morrocotudo!, me contestaréis. Porque si no es milagro desca-

charrante convertir dos rábanos en moneditas de plata, perfectamente acuñadas, no sé yo lo que podría llamarse milagro. Sin embargo, meditemos, amados presbíteros en Cristo y hermanas beatas en Jehová.

Supongamos que esas pesetas en que los susodichos rábanos se convirtieron, eran de plata de ley. ¿Las había acuñado el Estado? No, padre. Luego San Pedro Oriol cometió una falsificación de moneda, delito castigado por el Código penal.

Porque suponed que yo, no como milagro—que no hice ni pienso hacer ninguno en los días de mi vida,—me pongo á hacer pesetas de plata de buena ley, valiéndome de buena plata y troqueles, imitando perfectamente el cuño legal. ¿Qué pasaría si se me descubriera la falsificación? Pues que iría á presidio por unos cuantos añitos por muy buena que fuese la plata que yo emplease en la fabricación de dichas pesetillas. Y con muchísima razón, porque había yo cometido un fraude contra el Estado, único que tiene derecho á acuñar la moneda legítima.

Bueno, queridísimos amigos, bueno. Pues entonces, ¿qué derecho tenía San Pedro Oriol para defraudar al Estado, convirtiéndolo en rábanos en pesetas? ¿Que no tenía dinero para pagar la comida? Pues no haber comido. Milagro por milagro, tan des-pampanante hubiera sido el hacer moneditas de plata de dos rábanos, como pasarse sin comer toda la vida. Y preferible sería este segundo milagro, porque con él no se defraudaría al Estado ni se vería obligado el pobre Bustillo (que en gloria esté) á tener que retirar el año pasado esas moneditas de la circulación por clandestinas, aunque buenas, como hizo con los «duros sevillanos». Porque supongo yo que esas pesetillas que San Pedro Oriol sacó de dos legumbres continuarían circulando todavía.

¿Qué dicen á esto los amables presbíteros y las candorosas beatas? ¿Hubo fraude contra el Estado? ¿Sí ó no? Claro que sí. ¿Y con qué derecho puede un santo cometer un fraude, vamos á ver?

Pero supongamos que el santo no cometió fraude contra el Estado, porque esas pesetas sacadas de los rábanos no eran tales pesetas, sino que fué un modo de alucinar al fondista, que tomó las rodajitas por monedas de buena ley. No hubo fraude contra el Estado, pero entonces hubo otra cosa peor. Hubo una estafa contra el pobre fondista. ¿Qué dicen á esto los venerables presbíteros y las cariñosas beatas?

Nada, queridos, nada. Mírese la cosa como se quiera, yo no niego el milagrito de los rábanos. Con el favor de Dios, no digo yo unos rábanos, una simple colilla de cigarro se puede convertir en un magnífico billete del Banco de España. Pero lo que me falta saber es si Jehová autorizaría á nadie, por santo que fuese, para cometer un fraude contra el Banco de España, convirtiendo la colilla de un pitillo en un billete de 25 pesetas, ó si permitiría una estafa haciendo que un desgraciado, alucinado por el milagro, tomase esa colilla creyendo que era un «Quevedo» legítimo. Y, por lo tanto, me permito negar rotundamente el milagrito descacharrante de los rábanos de San Pedro Oriol. Sería milagro, sí, señor; pero, ó resultaba un fraude, ó una estafa, como he demostrado. ¿Las podía hacer un santo? ¿Las podía consentir Dios? No, padre. Luego me río yo de los rábanos de San Oriol, del fondista mameluco que los tomó por pesetas y de las beatas de tragaderas místicas que creen cuanto les cuenta un clérigo, por absurdo que sea.

Bueno; pues las «grolas» místicas, ó amables beatas, ó no contarlas. Y esa de las tajaditas de rábanos no cuela, reverendos presbíteros. Para otra saldrá mejor. ¿eh?

Vaya, pues...

«¡N! alegro de verles güenos!»

ARMANDO B. LENES

Un jesuita que pide limosna

Anarquía eclesiástica. — La caridad con sofana.

Todas las mañanas pueden ustedes verlo, si gustan. Anda por las calles más céntricas, vestido de sotana y tratando de adecentar la miseria con el alzacuello blanco, que, seguramente, encubre la carencia de la camisa. Se llama el P. Rojas, y vivió muchos años en la Compañía de Jesús.

Duerme, ó mejor dicho, vela algunas noches al raso, y, con lágrimas en los ojos, me dijo que los guardias le echan de los bancos donde se sienta. Es un verdadero arrastrar por el fango de la miseria los hábitos sacerdotales.

¿Qué mentira tan enorme la del respeto que nuestro pueblo y nuestra aristocracia sienten por esos hábitos! Mostrárase el padre Rojas vestido con la toga del abogado ó el uniforme de artillero, y á los cinco minutos hubiera habido una mano poderosa que evitara el espectáculo vergonzoso. Es

una sotana la que limpia los bancos del Prado, la que huye ante el uniforme del guardia, la que hace competencia al pantalón astroso de pana de los golfos, la que llega a criar piojos, la que encubre mal los horrores del hambre y de la suciedad, y esa sotana, aun siendo la misma ante la cual se arrojan las damas y se humillan los personajes conservadores, está ahí meses y meses, y nadie ha ido a ampararla, a esconderla decorosamente.

Y ¿porqué pide limosna ese jesuita? ¿Qué le ha sucedido para llegar a tal extremo? Pues sencillamente que él es bueno y la Compañía es perversa. Así como suena.

Salí de la Compañía el P. Rojas, con ó sin culpa, que en eso yo no me meto; salió de la Compañía, y se encontró con que seguía siendo católico, apostólico, romano, y, según sus creencias, no renunciaba a la salvación eterna ni al culto de Jesucristo, ni al cumplimiento de todas las leyes eclesiásticas; y por eso digo que es bueno, porque el hombre que obra según sus creencias y sus convicciones, aun a costa del hambre, es un mártir del deber. Pero la Compañía de Jesús vió esto mismo y cometió la infamia de ser ella la que estableciera el terrible dilema para el P. Rojas: ó morir de miseria y de humillaciones, como va muriéndose poco a poco, ó aseglarse, tirar los hábitos sagrados, irse a unir con los enemigos de la Iglesia.

Ni aun el ejercicio de un oficio honesto le han dejado. Nada, persecución a sangre y fuego; acorralarlo como gamo seguido por jauría; que apostate, al fin, frenético ya por los sufrimientos, y luego, cruzar las blancas manos sobre el bien abastecido abdomen, y exclamar con voz atiplada: «Pobre padre Rojas, despedido por los acantilados del mal y de la impiedad».

Y este caso que ahora sale a la calle y que se pasea a la luz del sol, está ocurriendo todos los días. Los jesuitas no perdonan nunca a los que se van de la Compañía. ¡No perdonan nunca! Luego no son cristianos.

Dicen que tienen que hacer energía ejemplaridad, porque sino se irían todos. De modo que ese cielo en la tierra, esa sociedad perfecta, esa familia cariñosa, ese conjunto de bienandanzas, necesita penas salvajes como la del hambre para que sus hijos no deserten. ¡Madre que tiene valor para asesinar lentamente a los hijos que la abandonan, es que se goza martirizando a los que no la dejan!

Si tiene que conservar la prole por el terror, es que no cuenta con el amor. Los hijos que abandonan a sus madres, si son unos malvados, son también unos imbéciles, porque no han de encontrar nada que sustituya al cariño materno. Por eso las madres no hacen más que llorar y llamar.

Los jesuitas que abandonan la Compañía son unos héroes, porque se lanzan a luchar, no con una leona fiera y noble, sino con una serpiente babosa que mancha, que estruja, que acaba por ahogar. La Compañía no llora ni llama, sino que muere, envenena, aprieta anillos, tritura huesos, asfixia... ¡Y profana el nombre de madre!

El P. Rojas consiguió licencias sacerdotales en la diócesis de Santander. Y ¿por qué no las había de conseguir, si es un sacerdote que quiere salvar su alma, y cada misa que se celebra, según la doctrina católica, da gloria inmensa a Dios? En seguida la serpiente, digo, la madre amorosa, apretó su anillo, y el pobre cura tuvo que marcharse a otra parte.

En Bilbao hay un culto espléndido; allí mueren encueros los obreros viejos y enfermos, pero los sacerdotes no saben ya en qué emplear millones y millones de pesetas. «No ha de faltar una migaja para mí» se dijo el P. Rojas, y allá fue con su sotana parda y su breviario.

Efectivamente. Una misa tarde, y dicha en los arrabales, resolvió cumplidamente el conflicto del hambre. Enteróse la serpiente, apretó otro anillo y... el P. Rojas apareció viéndose limosna en las calles de Madrid.

Alguien preguntará que si en la Iglesia no hay leyes, no hay prelados, no hay virtudes. Y habría que contestarle que no, que no hay más que pasiones, venganzas, caprichos, intereses mezquinos, una anarquía con órgano é incienso, un motín organizado a la sombra de una cruz, una hampa debajo de un palio y una cúpula, una orgía sardanapalesca bajo una lluvia de cera y a la luz de cuatro blandones.

El que sale de la Compañía es criminal... si no tiene algún hermano diputado influyente. El absuelto en Roma... no lo es en Madrid, si hay aquí alguien que tiene pendiente su venganza. Cada uno hace lo que le da la gana dentro y fuera de la Compañía según el dinero, la influencia y la mala intención de que dispone...

Y sobre ese mar de cieno, de soberbia de los de arriba y sangre de los de abajo, de hambre canina y hartura refinada, de harapos con piojos y fisús con perlas y brillantes, donde no hay leyes, ni doctrinas, ni convicciones, ni caracteres, se hace resonar la voz de Jesucristo diciendo: «Esta es mi Iglesia amada, la Esposa Inmaculada del Cordero sin mancha, ni ruga, ni imperfección alguna!»

G. B. S.

Murió un matrimonio en Santurce, y otro, compuesto de Salvador Fernández y Francisca Zapata, recogió una niña de once me-

ses que había dejado, criándola con muchos afañes y fatigas.

Hoy tiene la niña doce años, y una tía suya, Agapita Llantada, que no se ha cuidado de ella en todo ese tiempo, influida por las beatas del colegio Hijas de la Cruz se la ha robado (creo que la palabra encaja bien aquí) para sepultarla en el colegio.

En vano los padres (pues lo son moralmente) han reclamado, yendo al colegio, viendo al cura, suplicando a la tía; la niña continúa encerrada.

¿Que si hay autoridades en Santurce? De nombre, creo que debe haberlas; amantes de la ley y la justicia, no. ¿Cómo, en caso contrario, hubiesen dejado impune semejante atropello?

EL JURAMENTO

Por negarse a cumplir la fórmula del juramento, en el acto de declarar como testigo en la vista de una causa, el presidente de la Sala ordenó que se detuviese a Inés López. Esto ocurrió hace poco en la Audiencia de Madrid; y aun cuando no suele repetirse muy a menudo, el hecho se registra lo suficiente para que no pase inadvertido. El tema, pues, será de actualidad, y promoverá discusiones hasta tanto que no se legisle sobre el asunto y se declare la fórmula del juramento común a creyentes é incrédulos, a católicos y a librepensadores. Hasta hoy, cierto no hay nada. Abundan los jueces que aceptan la promesa y la palabra de honor de decir verdad, y los hay, en cuantía respetable, que sólo admiten el juramento y castigan con rigor a aquellos que no lo emplean en algunos actos. Y así, en tanto que unos creen que Dios no se ofende ni se enoja porque no se le invoque en ocasiones trascendentales, otros opinan que sólo se puede decir verdad exponiéndose a los temerosos castigos sabiamente enumerados en el Catecismo. Y mientras se resuelve el asunto a gusto de todas las creencias, los jueces juzgan que se debe castigar, y castigan, a los que contravienen la regla establecida.

El juramento, en buena doctrina religiosa, no compromete a nada. Desde que sesudos Padres jesuitas inventaron las restricciones mentales y nos enseñaron a todos que podemos jurar las mayores mentiras sin incurrir en pecados de ninguna clase, esta fórmula resulta más agradable y menos comprometida que la palabra de honor. De creerse a los doctos Padres jesuitas, se puede jurar todo, aun con la certeza de que se miente ó con la intención de no cumplir nada, teniendo cuidado de desvirtuar el juramento en voz baja en el instante de hacerlo. De este modo no se peca ni se atraen los enojos de las divinidades. Con la palabra de honor, en cambio, se compromete la respetabilidad, la seriedad y el decoro, ya que en los manuales del honor no se han previsto todavía aquellos casos en los cuales un caballero puede invocar su honor para darle fuerza y valor a la mentira que le convenga hacer pasar por verdad inconcusa. De donde resulta que el juramento, usado con puntual religiosidad, ofrece más ventajas que la palabra de honor, y aun se presta a que favorezcamos a los amigos en situaciones ó trances de apuro.

Yo no sé por qué hay personas que se niegan a jurar, que no aceptan la fórmula del juramento en algunos casos. La oposición es injusta. Por lo menos es imprudente, temeraria, y lo será hasta tanto que los metafísicos de la honra acepten las restricciones mentales al dar la palabra ó prometer por el honor. Un caballero no puede nunca faltar a su palabra ó olvidarse de su promesa. Un buen católico, en cambio, en excelente doctrina religiosa, puede jurar las mayores mentiras, las cosas más inauditas, aun a sabiendas de que las son ó de que no ha de cumplirlas, y no peca en nada. Las restricciones mentales le autorizan para todo esto y mucho más, y no se expone a que lo encarecen los jueces, ni pierde la estima de sus amigos, ni incurre en el enojo de las divinidades. Si con la mentira se sale ganando ó se favorece a alguien, ó redunde ella en beneficio propio, usando de las restricciones mentales se puede jurar sin escrúpulo alguno. Y la palabra de honor no ofrece estas ventajas, que no estimaremos bastante hasta que, por la quisquilla de algunas personas, las hayamos perdido y tengamos que declarar en la vista de la causa que se siga a un amigo por estafa ó asesinato.

GUSTAVO

¡A RESIGNARSE!

Me dice un amigo de Valladolid que el 5 del actual estaba el trigo a 56 reales y medio fanega, el pan de 1.ª a 45 el kilo y el de 2.ª a 40; habiendo estado en el mes de Septiembre a 46 el primero, 33 el segundo y 30 el tercero.

Que esto se debe a que los especuladores (cuatro ó cinco ricachos en cada pueblo) lo han acaparado, como todos los años, estando a esta fecha el 95 por 100 de los labradores sin un grano de trigo.

Que hay más de 1.000 trabajadores pululando en Valladolid diariamente, sin haber ganado un jornal en tres meses, sosteniéndose con unas cuantas alubias sin grasa adquiridas con un pequeño plus que el Ayuntamiento les ha pasado durante dos meses del invierno (tres ó cuatro pluses cada quince días).

Pues amigo de Valladolid; en casi todas las poblaciones agrícolas de España se encuentran los jornaleros lo mismo; en todas hay también acaparadores que merecen lo que yo sé; y en todas el pueblo se distingue por su mansedumbre, virtud cristiana que, si no sirve para comer pan en esta vida, sirve, según dicen malas lenguas, para atracarse de bizcochos en la otra.

Y estando planteado así el problema, ¿qué quiere usted que yo le diga? Que cada trabajador tome cuanto antes el camino del cielo donde reparten los bizcochos y nos dejen en paz con sus quejas y sus lamentaciones.

Y si se empeñan en seguir aquí, que imiten a los pobres frailes, que jamás se preocupan de si hay trabajo ó no, ni de si sube ó baja el trigo; resignados con su suerte, no le amargan a nadie la vida con insostenibles cantilenas. Crean que en los altos designios de Dios debe entrar sin duda el de que los jornaleros se mueran de hambre y los frailes regüelden ahitos, y se conforman con su soberana voluntad.

Recomiendo a los trabajadores esta admirable resignación cristiana.

Venganza pobre

El párroco de Pinos Puente denunció en el carnaval último al vecino Francisco Jordán, por si el traje con que se vistió de máscara tenía algún detalle por donde pudiera tomarse por eclesiástico. Celebrado el juicio de faltas, quedó el denunciante por un falsario.

Dado en vago el golpe, consiguió luego que se le impusieran treinta pesetas de multa por infractor de un bando de la alcaldía. No las pagó, por carecer de ellas, y la cosa quedó así.

Y al cabo del tiempo transcurrido, pídese la ejecución de la sentencia y lo encierran en la cárcel.

¿La causa? ¿Acaso porque, como miembro de la sociedad obrera, ha iniciado la idea de establecer una escuela laica? ¿Por haber llevado al pueblo El Motín? ¿Por haberse ocupado este periódico del escándalo ocurrido el Viernes Santo?

Lo ignoro. Lo que sí sé, es que el párroco denunciador debería ser tolerante con los defectos y faltas de todos, para que lo fuesen con las suyas; y así yo no le preguntaría ahora si es cierto que varias señoras y señoritas guapas y decentes rehuyen confesarse con él; si exagera los derechos del arancel parroquial exigiendo quinientas pesetas por un entierro; si mira tranquilamente que los pobres se mueran de hambre, sin repartirles el dinero que entra en los cepillos para el pan de San Antonio, dando como disculpa que un monaguillo se lo llevaba; y otras cosas algo más graves que se dicen por el pueblo y que ya iré apuntando, si no varía él de proceder y se deja de soplonerías y cuentos.

Y esta es la primera amonestación.

El hambre no es eximente

Ustedes creerán que cinco chorizos, tres panecillos y medio salchichón constituyen simplemente una merienda. No, señor; en la ocasión presente son el sustancioso cuerpo de un delito.

Un joven, casi un niño, atraviesa las galerías, con las precauciones habituales con el asesino de su propia madre.

Siéntase en el banquillo con las manos encadenadas, y poco después nos dice que el hambre le impulsó a realizar la criminal hazaña.

Vagaba por las calles de Alcalá de Henares desesperado, sin pan. Su paso por el ventorro de la Alegría fué la mala ocasión. Su necesidad, triunfante del cálculo, el estómago mandando la cabeza, le hicieron penetrar en el lugar dichoso, del que sustrajo las viandas predichas.

Aquella noche comió, pero durmió en la cárcel.

El Código, según el ministerio fiscal, señala para este delito la pena de dos años, once meses y once días de presidio correccional.

¿Es el daño lo que se castiga? No; porque el importe de lo robado no alcanzaba a cuatro pesetas.

¿Es la corrección el fin de tamaño casti-

go? Tampoco, lógicamente, supuesto que una necesidad imperiosa sobre otra idea de perversidad le indujo a la ejecución del hecho justificable.

Es el carácter del delito. El hambre no es eximente. El delito de robo no admite circunstancias modificativas.

El divorcio absoluto de nuestras leyes penales con la realidad y la práctica que la ley adjetiva impone, amigala a los más débiles enemigos de la propiedad, mientras concede al matonismo patente de corso.

¿Es un robo... de dos panecillos y cinco chorizos lo que reúne a un Tribunal, consume resmas de papel sellado y condena implacable al acusado!

Ni el hambre ni circunstancia alguna justifica el hecho.

Otra cosa sería si el procesado, en lugar de sustraer la merienda, mata a su padre de una cuchillada.

El acreditado miedo insuperable ó la socorrida fuerza irresistible abrirían al delincuente las puertas de su prisión.

MAESE GUERO

SUUM CUIQUE

O lo que es lo mismo: «que cada palo aguante su vela.»

Bastante nos hemos indignado con el obispo de Orense y no poco hemos arremetido contra su excelencia y contra los caudales de la catástrofe de Santa María de Osera, siempre en la creencia de que sería tan inútil nuestra protesta como la tan ruidosamente formulada en la capital de la provincia gallega. La justicia histórica se detiene siempre acobardada a la puerta de los palacios episcopales y de los conventos.

Los muertos, muertos están; muchos de los heridos quedarán inútiles para el trabajo; las viudas y los huérfanos perecerán de hambre; se purificará la iglesia con cuatro latines a golpe de hisopo; se arrancará el dichoso baldaquino; se celebrarán funerales por las víctimas, pagados por sus parientes a los curas; y aquí no ha pasado nada.

Y como después de todo, la causa remota de la catástrofe no es otra que el bárbaro fanatismo en que conviene a los gobiernos tiránicos, aliados con la Iglesia, sostener la población rural, permitidme, oseranos, que con saludable crudeza maneje el cauterio sobre las llagas que amenazan consumir vuestras conciencias, anulando vuestra personalidad bajo la fría losa de vuestra ignorancia.

Siempre he admirado al pueblo gallego por su honradez y laboriosidad, y me he rendido ante el talento privilegiado de sus grandes políticos, inspirados poetas y literatos insignes. La fecundidad exuberante de su suelo, los tesoros de las entrañas de sus tierras, las riquezas de sus mares y de sus ríos, que tantas industrias alimentan, me hicieron siempre pensar que el Paraíso debió existir, si existió, en el extremo Noroeste de España.

Muchas veces me he entristecido cuando tropecé, en las polvorientas carreteras de Castilla, esas caravanas de aldeanos cubiertos de andrajos, con las enfundadas hoces al hombro, que van a segar las abrasadas y miserables campos de las comarcas madrileñas, por escasísimo estipendio, y me he preguntado por qué se rinde la abundancia a la escasez y paga tributo aquel suelo privilegiado de Galicia a la pobre agricultura castellana; por qué los riquísimos gallegos se han de someter a la dura servidumbre de las demás desdichadas comarcas españolas.

Aún recuerdo a aquellos aguadores madrileños que vi muchas veces congregados en la fuente de Pontejos ó ascender penosamente a las empinadas buhardillas con la cuba á cuestas. Ahora, adscritos al escobón de la villa, gallegos son los hombres que utiliza el contratista de la limpieza pública.

Cualquiera se figurará que Galicia es el país más pobre y miserable de España, para explicarse el fenómeno constante de la emigración de sus hijos al resto de la Península, dedicados al ejercicio de las más rudas faenas ó de los empleos más humildes. Precisamente es todo lo contrario; Galicia es el país más rico de España, sólo que vive aún en pleno feudalismo, con más ó menos artificioso disfraz, y el derecho del señorío se ha hecho enfermedad endémica, que la Iglesia fomenta y cultiva como interesada en un estado económico que no permita levantar el grito a los humildes, que continúan siendo sus esclavos.

Acaso ha sido Galicia la región que ha producido más ministros, más políticos de primera fila, y, excepto D. Manuel Becerra, han sido muy pocos los que no se han aliado con la Iglesia para tener sometidos a su dominio, como gleba medioeval, los distritos rurales, y amarradas las circunscripciones al carro triunfal del histórico cacique. En esta inhumana labor ha sido la Iglesia brazo misterioso que con halagos de eternas bienaventuranzas ó amenazas del fuego del infierno, a título de santa obediencia, viene sosteniendo la más vergonzosa de las esclavitudes.

Hora es ya, nobles, sufridos, honrados e inteligentes montañeses, de sacudir el yugo

secular que os oprime y envilece. Sois los más y los más fuertes, bastante tiempo habéis segado vosotros los agostados campos de Castilla, bastante tiempo habéis barrido las calles de Madrid; que siguen y barran, para que sepan lo que es trabajar, los caciques, los obispos y los curas, que seguramente no son mejor nacidos que vosotros.

Y como el soñado día de la santa igualdad y de la libertad ansiada no llegará si antes no emancipáis vuestras conciencias de rancias preocupaciones y si no ilustráis vuestros entendimientos con sanas verdades que empujen y destruyan la mentira perjudicial que os enerva y aniquila, poned manos a la obra, que poco trabajo ha de costaros aplicar a los hechos el raciocinio.

Vosotros pensáis que cuando el actual obispo de Orense sea sustituido por otro, todo quedará arreglado; os equivocáis; el mal no está en las personas, está en la institución; otro obispo será mejor o peor, siempre peor que el actual; pero la Iglesia será siempre la misma: dominante e inquisitorial.

Ya habéis visto lo que da de sí la fe: balazos, nueve muertos y treinta heridos en un segundo. Para lo que os ha servido la devoción a la Virgen, ya lo habéis visto: no se ha movido de su altar para defenderos, y gracias si no la fusilaron también. ¿Pero cómo había de bajar si la Virgen vuestra patrona es como todas, hechura del hombre? ¿Creéis que un trón de un árbol se mueve de su sitio? ¿Para cuándo guarda esa Virgen los milagros? Ya se hubieran desengañado los heridos antes que la madre celestial les prestara auxilio. ¿Con que no ha defendido su templo, y os iba a defender a vosotros!

Dejad, oserranos, que cada cual se cuide de los negocios de su casa; y como sabéis por triste experiencia a lo que conduce la fe católica, apostólica, romana, volved para siempre la espalda al Santo Monasterio. No volváis a poner en vuestra vida los pies en una iglesia, que quien ama el peligro en él perece, y en viendo la negra silueta de un sacerdote, acordáis del consejo de mi ilustre amigo D. José Nakens: ¿Que viene un cura; sálvese el que pueda!

Si sois tan infelices que pagáis a vuestros verdugos misas y funerales por los muertos que os hicieron, si seguís llevando cirios y litros de aceite a una Virgen de palo que no tiene que coser ni que bordar, si no os dáis de baja en una secta religiosa que os trata a tiro limpio; si en cuanto os envíen otro Nerón mitrado, volvéis a recibirlo con arcos de triunfo, colgaduras, y música, y vivas, y burras, no os quejéis, no protestéis, porque nos reiremos de vuestros lamentos y de vuestras protestas y os declararemos dignos de segar eternamente los agostados campos de Castilla y de barrer las calles de Madrid.

Creedme: el mal es católico, apostólico, romano; los que quieren honrar con los vuestros los intereses encontrados de la nefasta secta, mienten, os engañan y se engañan, porque el clericalismo es la más grande de las mentiras perjudiciales.

A cada cual lo suyo.

CANTACTARIO

Filzas católicas

Para faltar al octavo mandamiento, nadie como los católicos.

Dijo un periódico de esta ganadería, *El Porvenir*, de Valladolid, que habían sido bautizados cuatro hijos naturales del escritor, ya fallecido, D. Carlos Crouselles, en la parroquia de Santos Justo y Pastor de Santander, y, en efecto, no existen en la citada capital montañesa ni las partidas bautismales ni el templo nombrado. Eso, tratándose de la Península; que si se refiere a lejanas tierras...

¡Válgame Satanás, y cuántos milagros nos habrán metido de matute los panegiristas católicos! Estoy por no creer la mitad de sus referencias. ¿Qué digo la mitad? En la duda y para no perder el tiempo, todas las reputo por falsas.

Aunque me condene.

Atropello clerical

El coadjutor de Arucas (Canarias) fué trasladado a otra parroquia; lo querían mucho sus fieles, y fueron a casa del párroco a suplicarle que influyera para que se revocase la orden. Y de que eran buenos católicos da fe este hecho: durante la entrevista sonó el toque de Angelus y todos rezaron fervorosamente, despidiéndose luego con todo respeto y afabilidad.

El párroco, que era quien había influido en el traslado del coadjutor, molestado por el paso que habían dado los fieles, formuló una denuncia diciendo que habían entrado en su casa desordenada y tumultuosamente y que le habían insultado. Y consecuencia de esto: que fueron llevados a la cárcel don Valentín Zamora, D. Juan Zamora, D. Agustín M. Santana, D. José Pérez Betancort, y D. José Grau Bassas.

Esto les servirá a todos de escarmiento

para no acudir nunca a un cura en demanda de algo que sea racional y justo, y menos si tiene interés directo en lo contrario.

Lo que no entiendo es cómo la denuncia de un cura baste para llevar a la cárcel a nadie, sabiendo cómo las gastan cuando se trata de salirse con la suya. Pero tales cosas habrá inventado el de Arucas, que el juez no habrá tenido más remedio que decretar la prisión de esos católicos probados.

Perdemos el tiempo los españoles discutiendo si hay o no clericalismo, cuando deberíamos presentar la cuestión en esta forma: ¿Hay o no hay curas y frailes?

Pues si los hay, no hay que preguntar ni discutir más: tiene forzosamente que haber fanatismo, explotación, injusticias y predominio de la Iglesia; clericalismo, en fin, y ocurrir á menudo escenas de muerte como en Osera, encarcelamientos como en Arucas, y perturbación y atropellos de toda clase.

La cosa no da más de sí. Y mientras haya quien crea en otra vida y que la Iglesia tiene la llave de ella, ocurrirá lo propio. Y como los frailes y los curas saben esto, por esto abusan.

El día que nos preocupemos sólo de lo de aquí abajo, será cuando la humanidad comience a dignificarse y engrandecerse.

Con toda la barba...

Una odalisca de Abdul-Hamid, el sultán de Turquía destronado, ha ido a Lieja con propósito de ingresar en un convento. La infeliz es un marimacho con toda la barba, tiene dos metros de altura y pesa ciento cincuenta kilogramos.

Por lo gorda puede entrar en un convento de jerónimos, por lo alta en uno de agustinos y por lo barbuda en uno de capuchinos.

No sé por cuál de las tres órdenes se decidirá; pero caiga donde caiga, los frailes podrán decir que han pescado una *turca* de marca mayor.

Aunque supongo que no han de admitir la frailes ni monjas, á causa del maldito apéndice peludo. La pobre odalisca está en la misma situación que los murciélagos: ni es cuadrúpedo ni ave nocturna. Y en los conventos hay que ser una cosa de las dos.

Milagro incompleto

En la cárcel de Avila se ha dado recientemente la comunión a los presos. ¡Oh escena conmovedora! El obispo de la diócesis exhortó á los reclusos á separarse del camino del mal y á seguir las enseñanzas de Jesucristo.

Los infelices no sabían cómo recorrer el camino que les trazaba el príncipe de la Iglesia, estando encerrados. Si se hubiesen visto libres y en el palacio episcopal, ya sería otra cosa; pero allí, entre rejas, puertas chapadas y recios muros, ni se puede seguir otra senda que la del mal ni ese es el camino.

Dicen los que han visitado la cárcel de Avila, que, como casi todas las cárceles españolas, carece de condiciones higiénicas en absoluto, de suerte que es imposible implantar allí un sistema penitenciario racional y científico.

A pesar de esto, sólo con presentarse su ilustrísima, acompañado de todas las autoridades abulenses y de algunas señoritas muy guapas, la cárcel se transfiguró. El rancho estaba riquísimo, limpio como la plata el suelo, alegres los reclusos y muy satisfechos de vivir en aquel paraíso de delicias... Hasta los enfermos recobraron la salud repentinamente; no había uno para muestra en la enfermería.

Ganas debieron de entrarle al prelado de quedarse allí, para que continuase el milagro y por amor á Jesucristo, canjeándose por los miserables, pero resistió la tentación.

Tiene la gente de Iglesia una entereza fenomenal para resistir las tentaciones de esta clase.

RIOTINTO

EL AVENTINO MINERO

El terror. — La amenaza de la dinamita. — La astucia. — Los espías. — La fe en la violencia.

Con la matanza de 1888 se quiso infligir un rudo escarmiento en la muchedumbre protestante. Tan bien se realizó el designio, que el terror persiste al cabo de veinte años. Los que pregonan hoy la eficacia del matar en la solución de los conflictos entre el capital y el trabajo, pueden apuntarse en su

favor aquella fecha sangrienta. Los mineros de Riotinto ya no han osado exponerse al fuego de los fusiles; pero piensen bien en lo que hacen los amigos de las cruentas represiones, porque los obreros se están aficionando demasiado á un arma peligrosa que manejan con singular maestría...

Cuando de tarde en tarde surge algún conflicto en Riotinto, la Empresa explotadora telegrafía á Sevilla, y de Sevilla le contestan enviando en el primer tren buen golpe de fuerza para conservar el orden público. La tropa toma cómoda posesión del pueblo, y como el recuerdo de 1888 flota en la memoria, nadie perturba el sosiego, ni suenan gritos, ni se ven manifestantes... Las huelgas de aquel gran centro de trabajo no cuestan víctimas ni prisiones.

Son huelgas silenciosas, sombrías. El odio y la desesperación las inspira. Aunque las calles están en calma y los soldados se aburren, el terror se cierne sobre las cabezas. Una imprudencia, una temeridad, determinarían la catástrofe, que por su grandeza sólo tendría par en los cataclismos geológicos que derriban ciudades ó en las cóleras divinas reveladas en los castigos de la Biblia... Los mineros se han retirado á su Aventino, á los altos é inmediatos montes que aprisionan al pueblo, y amenazan con volar la mina y arrojar sobre Riotinto una lluvia peor que el fuego, porque es de dinamita... Que la tropa se mueva, y la gran tragedia es.

Véase cómo me habla aquel joven batallador y romántico que conocí en Huelva. Me habla, y sus ojos fulguran, y su frente se preña de violencia, y su voz retiembla de coraje:

«Vinieron los mineros á consultarme sobre la conveniencia de la huelga. ¿Cuántos estáis asociados?—les pregunté.—Seis mil—me dijeron.—¿Pues vámonos á Riotinto, y declaremos la huelga!—Las mujeres y los niños se quedaron en el pueblo, y seis mil desesperados subieron á los montes que lo rodean. Cada uno era un depósito de explosivos. Llegó la tropa de Sevilla, y nada pudo hacer. Deseos no faltaron de lanzarla al asalto del Aventino; pero un cartucho de dinamita arrojado por un diestro minero es más terrible que cien cartuchos de fusil, y abajo se conocía la desesperada orden de volar galerías y de volar el pueblo si la tropa intentaba salir.

A los días seguían las noches, y cada nueva mañana veía los montes coronados de mineros, cada vez más irritados y amenazadores por la resistencia de la Empresa... Un jefe de la fuerza dijo que deseaba hablarme, y subí donde yo estaba. Quiso que aconsejase á los huelguistas que depusieran su actitud. ¿Yo?—le contesté atemorizado sólo en pensar lo que podría ocurrirme si le hacía caso.—Pensarían que me había vendido á los ingleses, y no tengo ganas de morir despedazado... ¡Hábleles usted: mire un minero que nos observa desde aquel risco! Diríjase á él; pero con cuidado, que pudiera lastimarse... El jefe quiso acercarse, y el minero le gritó iracundo:—«Este es el primero, y aún me quedan once: si da un paso más, baja á Riotinto volando! Este era el cartucho de dinamita que iba á arrojarle... El jefe tuvo que retroceder, y creyendo que yo le excitaba, quiso prenderme... Del monte empezaron á bajar hombres, brincando como fieras, gritando blasfemias y amenazas... Mi aprehensor tuvo que huir... La huelga terminó concediendo la Compañía lo que los mineros demandaban!...

Las demás huelgas han revestido los mismos caracteres y terminado de análoga manera. El minero ha vencido siempre.

¿Y después?

Después, la astucia patronal ha logrado lo que la fuerza no pudo. Primero uno, después otro, y luego todos los demás, han ido saliendo de la zona minera los obreros de algún prestigio entre sus compañeros. Las Asociaciones, privadas de sus más activos mantenedores, han ido disolviéndose, y los espías aumentando. Algunos mineros calculan en 4.000 ó 5.000 los hombres encargados de informar al director de lo que se habla ó proyecta en las minas. De tiempo en tiempo aparece un trabajador audaz que aconseja la reorganización de las huestes proletarias; pero la expulsión, si es verdaderamente enérgica, ó el dinero de la Compañía, si es blando, lo reduce á la impotencia. Ejemplo del primer caso es un tal Ojeda, expulsado violentamente de las minas; y del segundo, el fundador de un periodiquillo exaltado, que con un tenderete que ha abierto en Nerva y con 25 duros mensuales que le da la Compañía para que no renueve sus campañas, pasa lo menos mal posible los días de esta pícaro existencia.

Hoy no queda rastro de organización. Celebrar un mitin es imposible; y aunque los oradores fueran de lejos y pudieran entrar en Riotinto, no encontrarían local, ni dándole al aire libre se atrevería nadie á escucharlos... Cooperativas, Sociedades de socorros mutuos es fácil fundarlas, y hasta les ofrece la Compañía locales á bajo alquiler; pero Sociedades de resistencia, imposibles. Tabernas, cuantas quieran; organización, ninguna.

«Ni nos hace falta!—dicen ya los hombres enérgicos cuando alguien se la aconseja.—Estamos rodeados de espías, y el director expulsaría entre «guardiñas» á los que se asociaran.

Para estos hombres ha pasado el tiempo

de esos trabajos que demandan tiempo y amparo de las leyes. Hoy sólo creen en la eficacia de la violencia. Aislados viven; á sus trabajos van, y en sus casas se meten luego. Pero no se resignan; cada uno sabe de quién ha de sospechar y con quién podrá entenderse en la hora del desquite. Mientras las «cortas» no arrasen los montes que rodean á Riotinto, aquellos montes son su Aventino y su postrer refugio. Las «cortas» no han hecho hasta ahora más que escarparlo y dejarlo inaccesible para el enemigo. Y tantas iniquidades se consuman á sabiendas de los gobernantes en aquel rincón de España que, aunque yo no lo espere, tampoco me sorprendería si en una hora de ira se transformaba el Aventino en un tempestuoso Sinaí de donde bajarán los rayos!...

M. CIGES APARICIO

Clérigo Miura

Leo en el periódico *Heraldo de Gerona*:

«Una jovencita, muy linda y simpática por cierto, que estaba á eso de mediodía del viernes último al cuidado del despacho de una empresa de carruajes situada en la plaza de San Francisco, fué víctima de malos tratos de obra por parte de un sacerdote de quien no es la primera vez que ha tenido que ocuparse la prensa por escándalos que ha ocasionado con sus irascibilidades. Según nos ha referido la interesada, el suceso no ocurrió en la forma que lo han relatado dos diarios locales, sino de la siguiente manera. Estaba sentada junto á la puerta de de dicho despacho con una mujer con la que conversaba, y al acertar á pasar el aludido sacerdote preguntó ella á su acompañante si aquel «era mosen fulano»; y que oír esto el nombrado, y patearla, sí, patearla barbaamente, é insultarla groseramente, fué todo uno. La intervención de unos vecinos y transeúntes dio fin á aquella escena, cuyo protagonista, tristemente célebre por otras parecidas, debiera recibir de quien correspondía una dura y merecida lección que le indujese á no reincidir.»

Para formarse una idea de cómo será el cura aludido, baste decir que el periódico que así lo juzga se distingue por su religiosidad.

Y si los de casa dicen eso, ¿qué puedo decir yo que no resulte flojo, á menos de no pedir que lo metan en la cárcel?

Y como esto no quiero hacerlo, lo mejor es callar.

El obispo es el amo

«Es, pues, y será siempre para nosotros y para toda persona sensata, el obispo de Orense el autor moral de la muerte de aquellos verdaderos mártires de su fe, sacrificados por las intolerancias del ministro de un Dios infinitamente bondadoso.»

(El *Mito*, de Orense.)

Las escenas de barbarie á que ha dado lugar el Sr. D. Eustaquio Ilundain, obispo de Orense, navarro y carlista furibundo, han sido comentadas ya por toda la prensa de España y Europa y no es preciso que las describamos minuciosamente.

El obispo Ilundain quería arrancar el baldaquino del altar mayor de la abadía de Osera para regalárselo á la catedral de Pamplona, diócesis donde tiene puestos los ojos y en la que fomenta el espíritu de rebelión contra el actual prelado, el P. López á quien no serviría ni para lacayo.

El obispo Ilundain no tiene autoridad alguna sobre aquella abadía, que pertenece al Estado. Fué en sus tiempos una maravilla artística y un emporio de riqueza monacal; aún hoy quedan vestigios nada despreciables de ambas cosas, á pesar del saqueo continuo de los obispos de Orense, que han arreado con estatuas, cuadros, joyas, tapices, códices y ornamentos que hoy se exhiben en el extranjero por los museos y centros de antigüedades.

Los vecinos de Osera no quisieron consentir un nuevo despojo; pero ¡bueno es un obispo español para que nadie le vaya á la mano! ¿Os oponéis á mi capricho? Pues ¡pum! ¡pum! ¡pum! cuatro tiros, un montón de muertos, un centenar de heridos y cuarenta huérfanos sin amparo. ¿Para qué sirve el matar si no?...

Después de esta atrocidad, inconcebible en toda nación que no sea España, el obispo se vuelve muy fresco á Orense, mientras el pueblo amotinado rodea su palacio y le apedrea pidiendo su destitución.

¿Destituir á un obispo? ¿Quién tiene en España agallas para esto? Y por retranca á un obispo carlista, enemigo de las instituciones. ¡Qué! No ha nacido todavía el hijo de madre capaz de realizar esta epopeya. Tampoco querían los valencianos á Guisasa por arzobispo y lo tuvieron que tragar; ¡ya lo creo! Como que entró en Valencia rodeado de bayonetas.

En España el obispo es el amo por delegación del otro amo, Su Santidad, señor de estos reinos, y está decretado en las alturas se preste toda protección y apoyo á los enemigos de la segunda rama borbónica. Entre nosotros el obispo es dueño de vidas y haciendas, decreta prestigios y caídas, y autoridad que no le haga el juego, sea la que

sea, tiene que retirarse con vilipendio. En hablando el obispo, boca abajo todo el mundo; se le ocurre un día a un arzobispo de Zaragoza, que ya murió felizmente, deshacerse de un clérigo que le estorbaba y le hizo recorrer media España a pie entre parejas de la Guardia civil; Cos, siendo obispo de Madrid, manda informar ante la Audiencia a su provisor contra el ilustre P. Ferrándiz, sin ser abogado, y aunque todos los magistrados lo saben, se callan como muertos; después este mismo señor mete en la cárcel de Valladolid a un beneficiado porque le da la gana, y la autoridad judicial y penal, faltándole a todos sus deberes, secundan sus órdenes hasta que en el Congreso se denunció este escándalo; el obispo de Tuy pone a un ministro y a una real orden como un pingajo, y mutis todo el mundo; Guisasaola llama *mancebas* a todas las valencianas casadas civilmente y no hubo un marido que le arrea-se un par de estacazos; Spinola, arzobispo de Sevilla, que murió ya para honra de la humanidad, se dedica a perseguir a todos los curas ilustrados, llegando al extremo de tener éstos que ponerse de peones en las obras del puerto y de criados en los figones, y nadie se atrevió a interceder por ellos; Almazán, dignísimo sucesor del anterior, y del que hablaré largamente en otra ocasión, se ha dedicado a exterminar a todos los sacerdotes ancianos de Sevilla, y aunque es un espectáculo que conmueve a una piedra, nadie le va a la mano; Alcolea, el de Astorga, es un monstruo de crueldad y avaricia y aseguran que somete al tormento a los sacerdotes que procesa canónicamente, no obstante ser penable este procedimiento bárbaro y estar abolido en todo tribunal; Luis, el de Zamora, que se hace llamar *Luis Felipe* porque el muy fatuo ha oído decir que hubo un rey francés que se llamó así, persigue como a fieras dañinas a todos los clérigos alfonosinos y continuamente está echando pestes contra la familia real en público y en privado, y hasta ahora nadie le ha metido en cintura. En fin, sería el cuento de nunca acabar.

Llevar la recomendación de un obispo es tener abiertas todas las puertas; malquistarse con ellos es condenarse a sufrir todas las tropelías.

Los obispos españoles se ríen de Senados y Congresos, y hasta de las instituciones (Guisasaola quiso firmar antes que D. Alfonso en cierta acta), tienen a su disposición a las autoridades, y si necesitan bayonetas pida Su Ilustrísima por esa boca.

Somos feudo de Roma y hemos de rendirnos ante sus delegados los mitrados. Los de Orense pierden el tiempo pidiendo la destitución de Ilundain y el exministro que en el Senado le invitaba a que se retirase a un convento ya puede esperar sentado. Si Ilundain quiere se irá de Orense, y si no se estará allí, aunque se proclame el estado de sitio y corra la sangre todos los días; y si se marcha, se irá por su conveniencia y siempre ascendiendo. Ya ha corrido por ahí el rumor de si vendrá a Barcelona en sustitución del de Jaén.

Yo me alegraría, porque estos obispos valentones, *trabucaires* y carlistas hasta la médula son mi debilidad.

El demonio que entienda a estos señores: ¿no cree un pueblo? Pues es escéptico y hereje y hay que quemarlo, si se puede; ¿que cree hasta el fanatismo de exponer su vida por un trozo de madera tallada? Pues se le pegan cuatro tiros por la espalda y en paz.

Señor D. Eustaquio Ilundain, obispo de Orense y ametrallador de mujeres y niños en Osera, celebraríamos mucho que el Gobierno de S. M. le propusiera para obispo de Barcelona.

Nos está haciendo mucha falta un prelado que esté familiarizado con el fusil.

FRAY GERUNDIO

Barcelona.

De Segorbe

A votar bajo la amenaza de la miseria. Este es el procedimiento empleado en Segorbe en las pasadas elecciones por el sapientísimo Sr. D. Marcelino Blasco Palomar, rector del Seminario Conciliar.

El Seminario posee unas rentas de 150.000 pesetas procedentes de las leyes *desamortizadoras*, y que no sabemos si pertenecen a él, o al Estado.

Ocho días antes de la elección, fueron llamados al Seminario, convertido en oficina electoral, todos los arrendatarios, y se les amenazó con quitarles las tierras si no votaban la candidatura carlo-reverterista-clerical.

Por otra parte, el Patronato que aquí existe, merced al legado que hizo el difunto D. José Valenciano con destino a los establecimientos benéficos de esta ciudad, y cuya suma, de la que dejó encargados a sus albaceas los canónigos D. José Plasencia y D. José Solá Mercader, no hemos visto por ninguna parte, ayudó en la lucha electoral al Seminario, y al efecto fué avisada la gente jornalera para que acudiese el día de la elección, y se le daría a cada individuo un pan, una peseta y la candidatura.

Por otro lado la asociación de damas segorbinas visitó a los enfermos, amenazándolos con quitarles la limosna si no votaban la candidatura clerical.

El escándalo subió de punto cuando fueron a recoger la comida que diariamente se les da a los pobres en el Seminario, pro-

cedente de las sobras que dejan en los platos los colegiales; fueron preguntados uno por uno que a quién votarían, y al contestar algunos que eran republicanos, fueron despedidos con orden de no volver.

Pero lo que más llamó la atención fué ver votar a los frailes, custodiados por la plana mayor del elemento de Navarro-Reverter, liberal del bloque en Madrid y reaccionario clerical en Segorbe.

Puede el baile continuar: siga la mala y detestable administración municipal bajo la dirección de los secuaces de Cucala y Sallás, y sigan sus aliados los reverteristas representando en el consistorio sus papeles de figuras decorativas, que tan bien les cuadra.

Por lo que a nosotros toca, vamos ganando; la poca fe religiosa que quedaba, con los escándalos de estos días irá desapareciendo, gracias a nuestro *amantisimo* prelado y demás curas y frailes electoreros.

JUAN SOPENA

MÁS SOBRE LO MISMO

Después de recibir el anterior comunicado, leí en *El Mercantil Valenciano* una *Carta abierta* firmada por *Un católico segorbin*, en la que se da cuenta al obispo de lo ocurrido en la elección, exponiéndole de paso este

CASO DE CONCIENCIA

«Yo, ilustrísimo señor, ante el *Syllabus*, ante las doctrinas de Sardá Salvani, ante las predicaciones que a diario escucho en los templos, ante la guerra sin cuartel que la Iglesia ha declarado al liberalismo por una parte, y ante los hechos realizados por curas, frailes y canónigos de esta ciudad en el pasado domingo por otra, me confundo, me aturdo, me vuelvo loco, no sé lo que soy, no acierto a explicarme este misterio. Tan pronto creo que los frailes, curas y canónigos de esta ciudad, que han votado y han hecho votar a otros a los liberales de Reverter, han caído bajo el anatema de la Iglesia, y por lo tanto están en entredicho, como creo lo contrario, es decir, que yo, yo, ferviente católico, hijo sumiso de la Iglesia, soy el que se halla bajo las consecuencias de ese anatema por haber votado contra esa candidatura defendida y triunfante por el esfuerzo de curas, frailes y canónigos, porque yo, misero de mí, creí que al votar en contra cumplía mis deberes como fiel católico.

Para resolver estas dudas y tranquilizar mi conciencia, os pido, ilustrísimo señor, vuestro paternal consejo. Hablad, señor, hablad, y decidme por caridad: ¿quién es aquí el que se ha hecho reo de anatema, yo o el clero, frailes y canónigos de esta ciudad? Si soy yo, ilustrísimo señor, perdonadme con la autoridad que habéis recibido de Dios; y si son los frailes, curas y canónigos los que de anatema se han hecho acreedores, tomad vuestras medidas, ilustrísimo señor, disponed y poned en práctica lo que para estos casos ordenan los cánones y disciplina de la Iglesia, para que los fieles recobren la tranquilidad perdida y no duden de la eficacia de ciertos ministerios cuando en medio alza su faz airada esa figura horrible y fatídica llamada *anatema*.

De todo esto se saca en limpio:

Que lo del bloque fué una farsa indigna, pues lo mismo se alían los liberales con los republicanos que con los frailes y los curas, con tal de conseguir sus propósitos; dígalos Navarro-Reverter, que ha pedido y obtenido en las elecciones su apoyo en Segorbe.

Y que los clericales saben bien que es música todo el programa del bloque, libertad de cultos, separación de la Iglesia y el Estado, secularización de los cementerios, abolición de las órdenes religiosas, planteamiento del matrimonio civil, etc., y que, aunque vinieran al poder, no lo cumplirían. Por esto no tienen reparo en votar a los liberales.

La verdad es que cada día es más despreciable la política de estos tiempos, en que los hombres de todos los partidos, con excepciones rarísimas, se mueven al compás que les marcan las circunstancias o su particular conveniencia.

¿LADRONES Ó JUSTICIEROS?

En una iglesia de Biarritz dos españoles se apoderaron de setecientos francos pertenecientes a las ánimas benditas, aunque no constaba la pertenencia en el Registro de la propiedad; y ya habían echado mano a unos ornamentos del culto valuados en veinticinco mil, cuando cayeron sobre ellos los gendarmes y se los llevaron en calidad de detenidos.

A todo esto, los santos que había en la iglesia, sin moverse. Siempre he creído más eficaz la intervención de la justicia humana en caso de robo que el celo de las santas imágenes: nunca ellas han detenido a los ladrones.

Suponiendo que los dos españoles pretendieran robar. Pues mientras no se me

demuestre lo contrario, y sabiendo cuán misteriosos son los orígenes de la propiedad eclesiástica, creo firmemente que sólo se proponían hacer una restitución, cambiando los objetos y los cuartos de una iglesia a otra.

Clérigo y cacique

Hay un clérigo en esta ciudad que ya ha figurado en las columnas de EL MOTIN con motivo de su actitud *humilde* cuando el escabro del Cristo de la Vera-Cruz el Jueves Santo.

Ahora, con motivo de ir a la lucha el partido clerical enfrente de republicanos y socialistas, y no haber sacado ni un solo puesto, están los curas que la ira les sale por la coronilla y se ensañan, como siempre suelen hacerlo, con los más débiles.

El cura Pérez, a quien nos referimos, es administrador de una parte de casa que ha sido convento, hoy alquilada a vecinos; quiso comprometer a los inquilinos para que votasen la candidatura clerical, ellos se hicieron los suecos, y cuando llegó el día, unos votaron la candidatura popular, otros fueron interventores del partido, y otros alquilaron su habitación para Colegio electoral en el cual hubo una mayoría aplastante de votos republicanos sobre los clericales.

En vista de esta *desobediencia*, el *páter* se personó en la casa para anunciarles con insultos y palabrotas a los vecinos que debían desahuyarla en seguida, dando lugar a que el obrero zapatero Barrera Reyes, uno de los inquilinos, lo plantase en la calle, pues no estaba dispuesto a aguantar insultos en su propia casa, advirtiéndole al mismo tiempo que estaba dando pretexto para que los periódicos se ocupasen nuevamente de él.

Esto desconcertó al clérigo electorero en sumo grado, desatándose en plena calle en improperios contra el obrero Barrera, como pudiera hacerlo la verdulera más desalmada, y llegando a decir que cuanto dijese los periódicos se lo pasaría él... (por entre un sitio que en las personas se llaman piernas, pero en los animales cuartos traseros).

Su desesperación subió de punto al pretender que las personas que presenciaban el espectáculo fuesen testigo ante los Tribunales contra el obrero que había osado ponerlo en la calle, y recibir de todos igual respuesta negativa, esto es; que serían testigos, pero en favor de Barrera por asistirle la razón.

El furioso *páter* tuvo que recogerse al manto y marcharse cantando bajito.

M. DE ARCOS

Arcos de la Frontera.

ANDANDO POR MADRID

El agua de los antiguos viajes, ó el rábano por las hojas.

Al dar cuenta de la sesión municipal del viernes último, dice *La Correspondencia*:

«Las aguas de los viajes.—A consecuencia de los análisis del Laboratorio químico municipal, que acusaban contaminación en los antiguos viajes de agua de la Villa, el alcalde ordenó con urgencia se propusieran las obras y trabajos necesarios para el saneamiento de las conducciones, habiéndose presentado una protesta por el ingeniero de fontanería, de la cual, por disposición del conde de Peñalver, se dará cuenta en la primera sesión de la Comisión de Obras, para habilitar el necesario crédito y proceder con urgencia a realizar los estudios completos para el saneamiento.

Tan pronto como éstos se hallen terminados y los análisis del Laboratorio comprueben la inmunidad completa del agua, serán puestas en servicio las fuentes de los antiguos viajes.

Los trabajos de limpieza y saneamiento realizados en el viaje de la Fuente de la Reina se hallan muy adelantados y permitirán en breve plazo, si los análisis dan buen resultado, poner en servicio las fuentes que del mismo se surten.

Y en la sección de *Cómo se vive en Madrid*, del mismo número, en un artículo que pudieramos llamar oficioso, dice lo siguiente:

«El ingeniero de fontanería trata, por su parte, también de poner remedio al peligro, por más que sus soluciones son más lentas que las que habrán de deducirse de los análisis del Laboratorio.

Según los estudios previos realizados por el Sr. Gil Clemente, precisa a todo trance realizar un detenido estudio de las cañerías de todos los viajes, desde el punto de toma hasta el de salida por las fuentes, para, en vista del resultado que dé esta inspección, proceder a la reconstrucción del total ó de la mayor parte de las cañerías, construyéndolas de materia sólida y que no altere la pureza de las aguas.

Para realizar este estudio no fija plazo el ingeniero municipal, estimando que habrá de hacerse con toda escrupulosidad, por personal idóneo, y presupone estos estudios previos en unas 20.000 pesetas.

El procedimiento, aunque de lentitud es seguro para llegar a la completa purifica-

ción de las aguas, para poder apreciar cuáles son las que reúnen mejores condiciones de potabilidad, y las que puedan ser dedicadas al consumo y las que sólo han de servir para el riego.

Pero este procedimiento, ¿es el que por el momento debe usarse? ¿No será posible buscar los puntos de contaminación, para evitarlos convenientemente, aislar las cañerías por aquellos sitios, y purificar el líquido lo suficiente para poderle dar al consumo público?

El asunto es de vitalísimo interés para que no se intente todo aquello que pueda servir para resolver el conflicto que se avecina, y ya el gobernador se propone tomar cartas en el asunto excitando el celo de la Corporación municipal para que el problema sea resuelto a la mayor brevedad posible.

leyendo lo anterior se tranquiliza el ánimo. Los técnicos municipales encargados del servicio de las aguas no saben por qué están contaminadas, y necesitan gastarse 20.000 pesetas en averiguarlo.

El alcalde admite la disculpa en vez de pedir la dimisión a ese técnico; la Comisión de obras discutirá el presupuesto; se le concederán esas 20.000 pesetas para añadir a las muchas 20.000 que se van gastando en proyectos de saneamiento, etc., y tendremos la satisfacción de ver cálculos y dibujos preciosos al mismo compás con que mueren los tíficos.

El saneamiento de los viajes no está en las cañerías; está en las minas de donde vienen las aguas, y ninguna obra, por importante que fuere, servirá para que estas aguas vengan puras, procediendo como proceden de filtraciones del terreno en sitios donde hay una densa masa de población. O de arroyos que corren por la superficie, como el de Almera, que surte al viaje de Fuente la Reina de casi la totalidad de sus aguas.

Hay que aceptar la contaminación como inevitable, planteando la cuestión en sus dos únicos términos: ó se abandonan para siempre los antiguos viajes, ó se esterilizan sus aguas por un procedimiento industrial cualquiera. Hablar de tuberías, como hace el cronista de *La Correspondencia*, sin conocerlas, extravia la opinión, que creerá pueden entrar microbios en los tubos fundidos que todos hemos visto colocar en Madrid por cuenta de la subvención de los dos millones.

Y en cuanto al coste de esos estudios, creemos más útil establecer una central de esterilización, que si en Niza, para 10.000 metros cúbicos diarios, costó 300.000 pesetas, en Madrid, para 2.500, costaría 75.000, algo más de lo que se pide para estos nuevos estudios y mucho menos de lo gastado en otros de que nos ocuparemos a su debido tiempo.

JUAN PÉREZ

Dicen que está loco el P. Becco, y lo han encerrado en una casa de salud en Buenos Aires.

¿Por qué? Porque de repente, después de tantos años, le dió por decir lo que pensaba de la farsa religiosa a sus dignos compañeros.

En el convento hubo un escándalo mayúsculo, y como el hombre parecía dispuesto a repetir en el púlpito y en la iglesia lo que sin música decía en el convento, fué declarado loco y lo encerraron.

Yo, si al P. Becco le diera por tirar la sota y decir las verdades del barquero en público, declararíase que se había vuelto cuerdo.

Y hasta que se había convertido de fraile en hombre.

Y en hombre honrado.

GRACIA DESGRACIADA

En tiempos ya remotos, la Iglesia tenía el inapelable tribunal de la Inquisición para perseguir, atormentar ó quemar a todo el que hiciese algún descubrimiento científico que sobresaliera de lo normal y corriente, y consideró como invento diabólico el utilísimo é inocente reloj.

Hoy cualquier canónigo u obispo y hasta el mismo Padre Santo, representante de Cristo en la Tierra, llevan en el bolsillo y sobre el corazón (bien guardada de las pecadoras manos de timadores) su diabólica y más ó menos lujosa maquinilla para medir el tiempo.

Y no significa esto que la Iglesia contemporáneamente, evolucione ó progrese; por el contrario, lo que la Iglesia hace ahora es claudicar, contradecirse y traicionar sus viejas doctrinas, transigiendo a *fortiori* al sacrificar la espiritualidad divina de sus dogmas para mantener la materialidad grosera de su culto, como sus pastores se amoldan a *necesitatibus* al posponer, despreciar y abandonar el misticismo de su alma imperecedera é inmortal, para atender, cuidar y conservar la vil materia de que está formado su tosco, frágil y deleznable cuerpo.

Así es que si no mediase los milagros que a diario presenciábamos, este misero planeta, y especialmente este vetusto rincón de

Europa llamado España, sería á estas fechas un nido de ateos donde se albergase apiñada enjambrada de protervos; pero al presentarse los estupendos milagros de dedicarse á la enseñanza los seres más estúpidos é ignorantes y de vivir con envidiable comodidad y holgura los entes más vagos y haraganes, no queda otro recurso que apelar á la fe para creer en lo que, de otro modo, conceptuaríamos de todo punto imposible.

Y así como tenemos multitud de fábricas para producir variedad de géneros industriales, así también contamos con infinidad de centros de especulación donde se fabrican productivos milagros, como el que hace pocos años presencié á la puerta de San José de la Montaña, milagro que seguramente no tragará el incrédulo Morín, porque es más desamparante que el descubrimiento del terrorismo por Marial ó el aniquilamiento del caciquismo por Cambó, ya que el perpetrado en San José de la Montaña consistió en reintegrarse su dueño de un billete de Banco de los de á mil, que una cándida joven había escamoteado á su papá y depositado con carta en la urna de San José hacia más de una semana, y por cual desaparición venía sufriendo una honrada é inocente criada las consecuencias de injustas sospechas y sordas inculpaciones.

¿A cualquier hora creería el escéptico Nakens que aquella *mater* y aquel *pater* devolvieron tan bonita y bien asegurada presa fiduciaria, sin antes haber visto las agallas con que se presentó el reclamante y el escándalo mayúsculo que se disponía á darle!

No ha sucedido lo mismo con doña Protasia. Tiene ésta dos hijas jóvenes, la mayor de ellas casada hace poco más de un año, y la menor soltera todavía. Ambas se ven en la desgracia de ser huérfanas de padre, pues la buena de doña Protasia quedó viuda á consecuencia de un atracón de sardana que se dió su solidario esposo cuando la *passa* ó epidemia de hace un par de años.

Todas las ansias de los dos jóvenes recién casados son tener descendencia, y los anhelos de la viuda cifranse en ascender á la respetable categoría de abuela. Pero... ¡ni por esas!

—¿No hay nada de aquello todavía?—preguntábale la madre á la recién casada.

—¡Ni por asomos!—respondía la hija con tristeza.—Ponemos todos los medios imaginables... y... ¡como si no!

—Y él, ¿qué dice, hija mía?

—Pues darle vueltas y más vueltas, sin acertar con la solución tan deseada de problema tan intrincado. Anoche precisamente, á poco de acostarnos, nos ocupamos del tema sempiterno, y nos vino á un tiempo... la misma idea: acudir á San José de la Montaña en carta bien provista solicitando la pronta concesión de dicha gracia.

—Dadme á mí la carta—propuso la madre—y la llevaré junto con otra de tu hermana que, desde que te casaste, se lo han centuplicado los deseos de imitarle. ¡Ya se ve...! hase quedado tan solitaria, que temo que la ídem la consuma!

No se sabe si el santo equivocó las cartas, ó fuese porque la de la hermana menor *pesaba* más, el resultado ha sido que la casada sigue aún sin tener hijos, y la soltera se encuentra en vísperas de librar.

El milagro está patente y manifiesto, pero que no ha encajado bien. Y la madre, llena de consoladora esperanza, ha resuelto acudir por su cuenta al santo con una nueva carta triplicando las dádivas, y pedirle que haga una transferencia en favor de ella de la merced concedida por equivocación á la hija soltera y que amplíe dicha merced á la casada, para lo cual acompaña interesante recomendación de Santa Solidaridad, abogada de los embrollos y chanchullos, finalizando la viudita Doña Protasia su interesante misiva con la siguiente significativa frase: «San José de la Montaña tiene la palabra para rectificar...»

Pro originalitate et inspiratione,
EL MOTIN

Pro forma et interpretatione,
GABINO RONDA

Careta religiosa

Por trasapelamiento de unas cuartillas que se me enviaron, no publiqué á tiempo esto que hoy copio del número del 12 de Marzo de *El Ideal*, periódico de Lérida, para que se vea cómo se encuentra clericalmente aquella ciudad.

La *Nota del día*, que así se titula, dice así:

«Cuaresma, Santa Misión, oradores sagrados de fama, gentío en los templos, sermones para niños, para mujeres, para hombres, comentarios místicos, discusiones teológicas, manifestaciones religiosas, cantos litúrgicos, bautizos de herejes, curitas que pegan y denuncian á los transeúntes que no hacen acatamiento á las imágenes del culto al pasar por las calles. Estamos en plena fiebre de beatismo. Nuestra ciudad parece una ciudad levítica. Todo respira ambiente de santidad (!). Y no son sólo las gentes de Iglesia las que se hallan atacadas de este espíritu verdaderamente anormal. Hasta los ímpios, los librepensadores, los indiferentes se ven arrastrados á seguir la corriente. El padre Matas y el padre Recolans lo llevan todo. En la plaza, en los mercados, en

los cafés, en los paseos, en los corros de comedores, no se habla de otra cosa. ¿Qué le pasa á Lérida? ¿Ha llegado el caso milagroso de una conversión colectiva? San Juan, San Lorenzo, la Catedral, todos los templos son invadidos por nuestro pueblo. Los pulpitos no paran. La oratoria sagrada es la nota del día. ¿Renace verdaderamente el espíritu levítico? ¿Pasa una ráfaga de aire de lo que llaman salvación eterna? ¿Es curiosidad? ¿Es fanatismo? ¿Es un delirio de misticismo? ¿Es una resurrección ó un entierro de los viejos y caducos estados psicológicos? ¿Este momento de excitación *suprasensible* tiene hondas raíces? ¿Es superficial? ¿Responde á nuestra tradición? ¿Será definitivo? ¿Será efímero? ¿Pasará? ¿Durará?»

No; todo eso es farsa, medios de exhibirse, de buscarse la vida. Y la prueba de que nadie cree en eso, ni aun los que de eso viven, está en estos dos hechos, ocurridos por aquel entonces en una fonda de aquella misma ciudad.

Una noche á la llegada del tren de las ocho, se presentaron en la fonda, pidiendo hospedaje, un curita joven y desenvuelto y una aldeana como de unos veintidós años, modestamente vestida, pero guapa y limpia. Según dijo el de los hábitos, la traía para entregarla en un convento de monjas, pues tenía vocación decidida.

El dueño de la fonda les ofreció, como era natural, dos habitaciones distintas, pero el cura le contestó que sólo necesitaban una. Sin duda quería pasar la noche en ejercicios espirituales para clavetejar la vocación y aleccionar en sus deberes matrimoniales á la presunta esposa de Cristo.

Y en un mismo cuarto la pasaron efectivamente encerrados, después de cenar ambos con excelente apetito, escandalizando á los timoratos y al personal de servicio.

Días después, un cura bastante conocido en Lérida y otro amigo suyo, cenaron alegremente en un gabinete con dos alcobas en la misma fonda, con dos mozas de las que en la Edad Media, para evitar confusiones, llevaban la cintura dorada; y tan complacidos estuvieron, y tanta comida devoraron, y tanto champagne bebieron, que no digo siendo ellas y ellos quienes eran, siendo santos y santas, habrían encontrado pretexto para no salir de la fonda hasta por la mañana... ¡Cuervos de sacristía!... ¡Patomitas de Venus!...

El angel que, según Víctor Hugo, permanece con un dedo en la boca, como imponente silencio, á la puerta de la habitación donde penetran los protagonistas de una boda, debió estar aquella noche terriblemente ocupado.

Y aquí unas preguntas á mi vez: Si los que tal hacen creyeran lo que predicaban, ¿cobrarían así? Y si los llamados á dar ejemplo juegan á los naipes, ¿qué harán los fieles?

Lo dicho: farsa, exhibición, medio de vivir. Y si no, que se lo pregunten al complaciente dueño de la socorrida fonda.

VERDAD APLASTANTE

Se derrumbaron unos terrenos de un convento de «maristas» y no aplastaron á ningún fraile.

—Milagro.
—No; es que estaban en el refectorio llenando la panza, y el hundimiento ocurrió en la huerta, lejos de los hermanos. Pero sí cogió á varios trabajadores...

—Castigo de Dios. Si en vez de estar dale que dale con el pico ahondando en la tierra, y acaso maldiciendo de los santos y de la Virgen, hubiesen estado en el refectorio ó en el oratorio, como los frailes, ¿se les habría echado encima el terraplén?

—No, indudablemente.

—Pues ya ve usted como tengo razón. Dios castiga á los que trabajan, á los que se empeñan en domar á la materia bruta, y preserva del mal á los que le dedican sus oraciones en un estado contemplativo.

—Me ha convencido usted; eso no tiene vuelta de hoja; es una verdad... aplastante, como todas las de los católicos.

Miseria extrema

LO QUE CUESTA Á FRANCIA EL PAPA ROMANO.—Bajo este título alinea *Le Flambeau* las cifras siguientes, extraídas del piadoso diario *Les Missions étrangères*:

	Francos.
Producción Mundial para la Propagación.	8.000.000
Idem, idem, idem, Santa Infancia.	2.000.000
Idem, idem, idem, el óbolo de S. Pedro.	6.500.000
Parte de la Francia para la Propagación.	4.150.000
Idem, idem, idem, Santa Infancia.	1.180.000
Idem, idem, idem, el óbolo de S. Pedro.	4.000.000

El resto, suminstranlo Polonia, España, Austria-Hungría, Italia, etc., proporcionalmente al orden en que van aquí colocadas.

Todas estas sumas son dedicadas exclusivamente á proveer de subsidios al pobre prisionero voluntario condenado por sí mismo á no salir de los lujosos departamentos y de los magníficos é inmensos jardines del Vaticano.

¡Lloremos ante desventura tan horrible!

SIEMPRE "P'ATRÁS"

Un matrimonio «yankee» ha regalado al Papa un automóvil de veinticinco caballos que ha costado 8.000 duros. Lleva faroles internos y externos de plata, y el escudo pontificio del mismo metal. Las portezuelas están forradas de terciopelo blanco, y ha sido construido ex profeso para Pío X.

Esto me prueba que hay imbéciles en todo el mundo, lo mismo en España que en los Estados Unidos. Católicos ó musulmanes, budistas ó confucistas, cuantos se postran ante un Dios más ó menos ventruado y ante sus dignos representantes en la tierra, suelen cometer las mismas barbaridades y ser tan estúpidos unos como otros.

Regalar un automóvil á quien por su dogmatismo está reñido con todo progreso, me parece una majadería de á folio: un cangrejo estaría más en carácter: ó un burro.

Atropellos inquisitoriales

No es hoy de Montjuich ni de Alcalá del Valle de donde parten los ayes de dolor lanzados por las víctimas de una barbarie repugnante é indigna de un país civilizado; no. Hoy es de la cárcel de San Sebastián de donde salen estos ayes dolorosos y desgarradores, que han hecho conmover á todos los corazones de esta población penal, y al de los habitantes cercanos á esta Prisión, por llegar el eco hasta sus casas.

A las once de la noche del día 10 y cuando reinaba el más profundo silencio, fué despertada esta población penal por las voces de: «¡Auxilio! ¡Socorro! ¡Compañeros, que me asesinan!» ¿Quién pedía el auxilio de sus compañeros á aquellas horas? Pronto lo supimos. En las celdas de castigo y por delitos ínfimos, se hallaban cuatro reclusos, entre ellos José Guridi, perseguido con enaamiento por los vigilantes D. Pedro Calderón y D. José... por haber tenido unas palabras con uno de los ordenanzas, el favorito de esta guardia. A la hora que ya dejo dicha, se presentaron los dos vigilantes en la celda del Guridi, manifestándole que les siguiera, y le condujeron á una mazmorra donde no penetra ni aire ni luz, por tener la ventana clavada con tablas.

Al ver el Guridi este atropello, protestó, diciendo á ver cuál era el delito que se le imputaba para meterlo en la mazmorra; por toda contestación recibió una infinidad de bofetadas y vergajazos, y no pudiendo resistir el dolor, comenzó á llorar y pedir auxilio; pero al ver sus verdugos que su hazaña quedaba descubierta, le golpearon sin compasión, exhortándole á que callara bajo amenazas de muerte. En vista que no lograban sus deseos, le amarraron con faja, y tuvieron la cobardía de ponerle el revólver al pecho, y le decían que si daba una voz más, le metían los cinco tiros en el corazón; pero como el dolor era superior á la amenaza, continuó dando tristes quejidos, capaces de ablandar el corazón de los hombres más duros, menos el de sus verdugos. Entonces, á semejanza de mordaza, le taparon la boca con la mano; pero viendo el Guridi que iba á sucumbir víctima de la asfixia, se apoderó de él un terror y una desesperación tan grandes, que, haciendo un esfuerzo, le mordió la mano á D. Pedro Calderón, dejándole la huella de los dientes bien marcada, de lo cual se ha valido para arrastrar al abismo á este desgraciado recluso que se defendía en las ansias de la muerte, formando una causa por atentado.

No se puede describir con la pluma el cuadro tan horrendo que se desarrolló la noche del día 10 en esta Prisión; tres horas de incesantes sufrimientos; tres horas oyendo la voz compungida y el clamor triste y doloroso que lanzaba el desgraciado; aún repercute en nuestro interior el eco de aquellas voces conmovedoras, que parecían salir de una tumba y que hizo estremecer nuestros cuerpos. No es este el primer atropello cometido por estos dos vigilantes; hay otros que merecen citarse.

Hay un recluso que padece enajenación mental, y una noche fué abofeteado por articular palabras inteligibles no oídas por nadie, y si por el vigilante; de resultados de esto, á la mañana siguiente, un ordenanza encontró al recluso de la ventana suspendido; á las voces que dió de alarma, acudió un empleado cortándole el cinto que le rodeaba el cuello, y su cuerpo cayó al suelo todavía con vida; de haber tardado unos minutos más hubiera consumado el suicidio; desde ese día está custodiado noche y día por los ordenanzas.

Una noche el ordenanza Pedro Castillo fué castigado con doble imaginaria; á la media noche le rindió el sueño y le sorprendió D. Pedro Calderón en esta actitud; después de despertarlo, le ordenó que le siguiera, diciéndole que tenía un buen remedio para deshabilitarlo; y uniéndole la acción á la palabra, tomó una verga y lo condujo á las cel-

das de castigo; una vez allí, le emprendió á vergajazo limpio y á insultarle con palabras soeces; el recluso dió unas voces, pero tuvo que ahogarse en su corazón, bajo las amenazas de muerte. De resultados de los golpes, el recluso se cercioró de que tenía cuatro heridas en el muslo, y quiso dar conocimiento; pero habiendo llegado á oídos de su martirizador, fué por la noche á su celda y le dijo, que si daba conocimiento de lo sucedido, que moriría á sus manos.

Todos estos atropellos quedan en la impunidad, pues el señor jefe nos amenaza con formarnos una causa si tratamos de elevar estas quejas justificadas á las autoridades de esta capital, que suponemos ignoran todos estos atropellos; ó si los saben, será en perjuicio nuestro, por haberles contado á su manera lo ocurrido.

Llamamos la atención de las altas autoridades para que pongan fin á estos martirios, y hagan desaparecer las mazmorras en las cuales se pierde la vista y la salud, por estar en una obscuridad completa y faltas de la ventilación necesaria, teniendo que absorber el aliento despedido por uno mismo y los fuertes olores del inodoro.

Cárcel de San Sebastián 17-5-09.

He recibido esa carta. No pongo la firma que trae, porque es de un preso, y sería condenarlo á castigos horribles. Léase en otro lugar lo que digo acerca del trato que le dan en Ocaña á Anselmo Santa Catalina.

Pero si lo que dice es cierto y no se castiga enérgicamente; si los que han echado á Salillas porque no hacía eso, continúan permitiendo tamañas atrocidades; si los expedientes siguen amañándose en las cárceles y presidios de manera que siempre resultan inocentes los empleados que cometen tales iniquidades, será cosa de hacer que la opinión se levante en masa contra quienes las amparan y toleran, con más indignación aún que contra quienes las realizan.

Por mi parte haré cuanto pueda para librar á España de esta nota infamante.

La destitución de Salillas

Si el eminente pensador, el nobilísimo filántropo á quien arteramente se despoja de su cargo por risibles motivos, hubiese consagrado su existencia á especulaciones sospechosas, á misérrimas intrigas, á combinaciones cacíquiles, etc., etc., en vez de consagrarla á mejorar la condición humana (mala de suyo y empeorada por las circunstancias) vería como la España de Maura es pródiga en recompensas para los serviles, casi tanto como lo es en castigos para los espíritus privilegiados.

¿Pero ese empecinado sabio, no podía emplear sus energías, su talento, su actividad, su tiempo, en algo más *productivo* que aliviar la situación de la carne de grillete y cadena, de la plebe carcelaria? ¿Acaso el individuo que por desengaño se puerve, por injusticia se exalta, por abandono se rebela, por hambre roba y por desesperación mata, es digno de interés? ¿Para qué, pues, se ha escrito esa doctrina cristiana, tan previsora y equitativa, que asegura á cambio de las penas de esta vida transitoria, magníficas compensaciones de ultratumba? ¿Para qué, más que para esos casos?

¡Ah Sr. Salillas! ¿Por qué apiadarse del obrero que llegó al delito tras largos días sin pan, sin luz ni calor en el hogar, sin abrigo en sus carnes ni en las de los suyos, sin más perspectiva que el hospital y la fosa común? ¿Por qué ser caritativo con el hijo del arroyo, que tuvo por cuna el vicio, por consejero el azar, por maestro el instinto, por compañera la indiferencia de los poderosos, que nada supieron de él hasta que en dura represalia le vieron alzarse monstruoso, amenazante, dispuesto á despojar de lo que él, allá en su lógica rudimentaria pero inflexible, creíase despojado?

La rebelde sacudida del acosado por un cúmulo de sinrazones sociales, se traduce en trasgresiones de la ley, y trae aparejado el castigo... Pero me pregunto yo: ¿Es que las leyes se hacen empezando por faltar á las más sagradas, á las que todo ser inteligente lleva escritas en el código de su conciencia, que son las que ordenan de modo absoluto contribuir eficazmente á la bondad universal? No existiendo el hambre forzosa, ¿quién no existiría el ladrón; con un régimen de previsión, de equidad, de higiene física y moral, se extinguirían las enfermedades del alma como se extinguen las del cuerpo cuando se combate acertadamente... Mas, ¡qué locura! Pensar así, es sensiblería cursi, degeneración mental ¡hay quien dice! Lo grande, es tratar á los parias á puntapiés, maldecirlos cuando ellos, á su modo devuelven la injuria convirtiendo un reloj en materia digerible... ó entrando en casa ajena con tan despótico y cruel talante, como el agua y el frío entran en sus madrigueras inmundas... Esa gente debe morir sin misericordia; en las buhardillas hacinadas, ofreciéndose gustosos al tifus; en los presidios á garrotazos; en los mares, enbarcados en bajeles ataudes, grandes sucesales de las funerarias... Sobra humanidad... y sobran almas románticas, como la de Salillas, como la de Macías...

UNO DEL MONTÓN

SECCIÓN AMENA

El vino del cura

Como lo que voy á contar ocurrió hace poco no digo el nombre del pueblo donde acaeció la cosa.

El asunto es que el señor cura poseía un barril de vino blanco como no le hay mejor, y el asunto es que el vino disminuía con excesiva rapidez. El cura, que usaba de él con cierta parsimonia, estaba con el disgusto que ustedes supondrán.

¿Quién sería el sujeto que tan denodadamente le ayudaba en la grata tarea de envasarse entre pecho y espalda el delicioso néctar? Desde luego no eran los monaguillos, porque éstos bajo ningún pretexto entraban en la cueva: verdad que no se ocultaban mucho para beberse las escurriduras de las vinajeras, pero, sobre que tal es la costumbre de todos los monaguillos del mundo, esto es un pecadillo sin importancia.

Y siempre las sospechas del cura venían á caer sobre el sacristán, cuya enorme nariz, roja como una remolacha, le delataba. Le vigiló durante algunos días y no tardó en ver confirmadas sus sospechas.

—¡Valiente bribón es ese Mario! ¡Y pensar que yo le habría dado la comunión sin confesarle...!

Conviene hacer saber que el cura tenía como asistente á una mujer, ni vieja, ni joven, pero frescota y guapa, limpia, lista y hacendosa que llevaba muy bien la casa; y que esta mujer estaba casada con el sacristán, de suerte que no podía despedir á uno de los cónyuges sin deshacerse del otro.

Pero si no podía despedir al sacristán le pareció corriente, por lo menos hacerle saber de un modo embozado que tenía conocimiento de sus visitas al barril, y cierta mañana le habló así en la sacristía:

—Mario, ya sabes que estamos cerca de Pascua florida.

—¿Cree usted que lo he olvidado, señor cura? ¿De que me serviría llevar diez y siete años al servicio de la Iglesia?

—Tienes que ir pensando en confesarte. —Gracias á Dios pienso hacerlo, pero, si á usted le parece, aguardaremos á que llegue la época de cumplir con la Iglesia.

—Para proceder como es debido nunca es tarde, Mario. ¿Entiendes?

La víspera de Pascua Mario se presentó en el tribunal de la penitencia, y allí desembuchó todos sus pecados, todos, salvo uno, que ya habréis adivinado.

—¿Es esto todo cuanto tenéis que decir?—preguntó el cura.

—Absolutamente todo—respondió el sacristán.

—Vamos, Mario, un esfuerzo de memoria, escudriñad el fondo de vuestra alma. ¿No recordáis, por ejemplo, algún feo pecado que tenga cierta relación con la gula?

—No, señor; ni uno siquiera.

El cura, que á todo trance quería arrancarle una confesión, volvió á preguntar varias veces al obstinado penitente; pero Mario no mordió el anzuelo.

Y como no pudo sacarle nada del cuerpo, muy contra su deseo, el cura se vio obligado á darle la absolución.

No cedió, sin embargo, el propietario del excelente vino blanco y volvió á la carga.

—Vamos, amigo mío, ya estás perdonado de vuestras faltas y pecados, y ya nada tenéis que temer, y ahora convengamos francamente en que...

—¿En qué, señor cura?

—Vamos, vamos, confesadlo; ¡si lo sé!

—Pero, ¿qué?

—Hombre, esto es demasiado—dijo severamente el cura.—Decidme: ¿Quién se bebe el vino blanco del señor cura?

Mario no contestó.

—¿Quién se bebe el vino blanco del señor cura?

Silencio completo.

El cura preguntó por tercera vez, y después por cuarta, sin que Mario abriera la boca, hasta que se vio obligado á decirle:

—Podéis retiraros.

No había dado diez pasos el sacristán, cuando le alcanzó el cura diciéndole:

—Escucha, Mario.

—¿Qué quiere usted?

—¿No has oído lo que te pregunté hace un momento, después de darte la absolución?

—Ni una palabra, por vida mía.

—¿Es posible, Dios mío? Te he hecho cinco ó seis veces la misma pregunta y te atreves á decir que no has oído nada!

—Absolutamente nada.

—Si no puede ser.

—Sin duda, señor cura, por defectos de construcción, el confesionario tiene malas condiciones acústicas. Va usted á verlo por sí mismo: ocupe mi sitio y yo el de usted.

Así lo hicieron, y Mario, imitando la voz del cura, pronunció claramente estas palabras:

—Dígame usted, señor cura: ¿Quién hace cornudo al sacristán?

El cura no abrió la boca.

—¿Quién hace cornudo al sacristán?

Silencio.

Cuando Mario repitió la pregunta cinco ó seis veces, abandonó su sitio y el cura hizo lo mismo.

—¿Oyó usted lo que le dije?

—Pero Mario, ¿has hablado? Te aseguro por mi vida que nada oí.

—¿Es posible, Dios mío? Si he repetido cinco ó seis veces la misma pregunta.

—Pues no oí nada.

—Si no puede ser.

—Es que este confesionario debe de tener algún defecto de construcción.

—Ya lo decía yo, y usted no quería creerme.

El cura dió media vuelta y jamás volvió á hablar de su vino blanco al animal de Mario.

ENRIQUE DAGÁN

Singular combate

Viajaba cierto cura de aldea, cierta noche.

Salió cierto bandido de cierto espeso monte;

sacó de cierta faja

cierto puñal enorme.

De cierto saco el cura

sacó cierto revólver,

la bala en cierta parte

del buen bandido entróse,

causándole la muerte

con ciertas contusiones.

Pidió el bandido un cura

por ciertos escosores

que en la conciencia dábale

cierto delito enorme.

Con cierta humana lástima

el cura le socorre,

y sobre el pecho herido

encuentra el sacerdote

cierta medalla y cierto

escapulario doble.

Ciertos bandidos tienen

ciertas supersticiones.

Mezclando ciertos credos

con ciertos *pater noster*

y á ciertas *mea culpa*

ciertas interjecciones,

murió como un bendito

y el buen cura absolvióle.

España, buena tierra,

donde produce el monte

bandidos con medallas

y curas con revólver.

J. ALCALÁ GALIANO

Encargó un cura á su *sacris* que se estableciese en el atrio con una mesa petitoria y postulase para el culto de la iglesia.

En cuanto reunió la primera peseta se fué á la taberna de enfrente, y la tradujo á vino.

Cuando volvió á ocupar su puesto, traslocada la memoria por los vapores del *m/sto*, creyó estar ayudando á misa en el momento de alzar, y, golpeándose el pecho, exclamaba:

—¡Limosna para alumbrar este santo templo.

Cura impaciente

Auxiliaba á un moribundo un cura en ocasión en que le estaban esperando para comer.

Eran las seis de la noche, y á las siete debía sentarse á la mesa.

El moribundo, á quien había recitado el cura todas las oraciones de los últimos momentos, se tranquilizó un poco y pidió un vaso de agua.

El cura decidió retirarse en vista de la mejoría del enfermo, y ya iba á realizar su propósito, cuando fué llamado de nuevo á la cabecera de la cama, porque el doliente

volvió á ponerse en peligro inminente de perder la vida.

Después de una hora de agonía, el moribundo volvió á quedar tranquilo y á pedir agua.

Contrariado el cura con este nuevo retraso, dijo dirigiéndose al paciente con tono enérgico:

—¡Qué agua, qué agua! ¡A morirse, á morirse, que es á lo que estamos!

No se sabe si por cuestiones de faldas ó de pecunia estaban enemistados dos curas que debían predicar en una misma iglesia un domingo de Ramos, encargándose el uno del sermón de por la mañana y el otro del de la tarde.

El de por la mañana, con objeto de poner en un apuro á su colega, terminó diciendo al auditorio:

—El predicador de esta tarde es muy sabio, y les explicará á ustedes si Jesucristo entró en Jerusalén montado en borrico ó en borrica, punto de gran importancia y bastante obscuro.

El otro, á su hora, subió al púlpito, dijo su sermón y lo acabó de esta manera:

—Respecto á la duda suscitada esta mañana sobre la cabalgadura de Cristo, ya sabe mi compañero que es un asno.

Un cura que iba á predicar á un pueblo tuvo que hacer noche en el camino, y se hospedó en una venta, donde fué víctima de todas las calamidades posibles, desde la indigestión hasta las chinchas.

Al día siguiente, al pagar el gasto, preguntó al ventero:

—¿Y qué tal?... ¿se hace negocio?

—¡Ay, padre!... no, señor: se pasan las semanas enteras sin que parezca por aquí alma viviente.

—Pues yo me encargo de acreditar la casa; desde mañana impondré por penitencia á todo el que se confiese conmigo que pase una noche en esta venta, que es una especie de purgatorio.

El fraile

Es el amo. Aquí la ley

que obliga, con él no reza,

y el cerquillo en su cabeza

es la corona de un rey.

Y á todos la luz pidiendo

y toda luz apagando,

el fraile va prosperando

y la nación pereciendo.

Se fué á confesar en cierta ocasión un penitente que había extraído algunas arrobos de aceitunas del olivar de un vecino.

—¿Cuánta cantidad será la hurtada?—le preguntó el cura.

Una cosa regular—contestó el interpellado.

—¿Serán seis arrobos?

—Ponga usted doce, padre, y écheme la penitencia, porque las que faltan me las llevaré esta noche.

(FOLLETÓN 19.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

OFFENBACH

y los hombres de la gran república americana le eran tan desconocidos como á los demás señores del reino, bastábale á Don Antonio los tres primeros casos para comprender que ninguna elevación más justificada ni más conveniente á un país que la de los hombres que han sabido darse brillantemente á conocer al frente de un ayuntamiento. «Hagamos lo mismo en España», se dijo el Sr. Cánovas. Y en el gobierno que formó entonces dió un puesto al exalcalde de Madrid, Sr. Bosch, el mismo de quien hemos hablado al final del capítulo IV. ¡Si rabiaban los conspicuos disidentes... tanto mejor! Y hemos de creer que también para que por su lado, que era el lado de allá del Atlántico, rabiases los cubanos, puso igualmente en el gobierno al señor Romero Robledo, que era el más autorizado representante en Madrid de los gansos del Capitolio; esto es, el que para propios y extraños encarnaba más y mejor que nadie en la Metrópoli las ideas y procedimientos poco serios que habían hecho á los cubanos alzarse en armas.

Con esto, y mandar á la isla de Cuba al poseedor de la gran mascota, el general Martínez Campos, á pesar de lo de Marruecos, ó quizás creyendo que lo de Marruecos había sido un magnífico triunfo del general, ya tuvo el Sr. Cánovas

por ingeniosa y seguramente aniquilados á sus enemigos de aqueude y de allende el mar. Pero el destino lo dispuso de otro modo, cuando menos en lo que á lo de allende el mar se refería. Pues personalmente el Sr. Martínez Campos era en Cuba muy bien quisto, aun por los rebeldes; mas éstos no vieron en él ahora al hombre valeroso, liberal y diligente, sino al gran chambelán que enviaban los señores del reino á repetir la suerte del Zanjón, esto es, á engañarlos. Por esto la rebelión, contenida en una parte de la isla, se extendió rápidamente á toda á muy poco de haber llegado el mismo de quien se creía que con sola su presencia iba á extinguir el comenzado incendio. También él había sido de este parecer. A un amigo suyo que, al saludarle en el puerto donde se embarcó, le dijo: «¿qué es eso, mi general, adónde va usted?», le contestó en ese tono de broma que no disimula por completo la verdad: «¿Qué quiere usted! Voy á arreglar lo de Cuba, y cuando vuelva me mandarán á buscar el *Reina Regente*. El *Reina Regente* era el buque de guerra que había llevado á Tánger al embajador moro y luego naufragado y desaparecido y cuyo paradero se estaba entonces tratando de hallar ó investigar.

Tan confiado iba el general, y tan sincero le pareció á él mismo haber sido, á pesar de echarlo á broma, que se creyó obligado á añadir: «¡pero tantas veces va el cántaro á la fuente!» Palabras, sin que él lo quisiese así, de profecía, y que después de todo no anunciaban nada muy difícil de adivinar; porque de un hombre que en Sagunto había merecido calificación de «notablemente aprovechado», en

la guerra carlista de «muy bueno», en la primera insurrección cubana de «bueno», en la jefatura del Gobierno nacional, que tuvo unas semanas, de «mediante», y que en lo de Marruecos había quedado «suspense», ya podía asegurarse que como iba á salir ahora era «reprobado». Y así sucedió. Porque esta vez en Cuba el general Martínez Campos acabó pronto por hacerse un lío tal, que, llegando á verse en la misma Habana amenazado por las partidas insurrectas, alarmados y temerosos los peninsulares allí establecidos y los pocos cubanos adictos, á España, pidieron enérgicamente su inmediato relevo.

Entonces el Sr. Cánovas, entre dar á los 80.000 voluntarios que había en Cuba la broma, si es que era tal, de confiarles la pacificación de la isla (juntamente con los 50.000 ó 60.000 soldados que ya había en ella), puesto que por muchos que fuesen los cubanos alzados en armas, no eran la cuarta parte ni tenían los recursos y organización de aquéllos, ó seguir embromando á los cubanos, optó por este extremo, y para sustituir al general Martínez Campos eligió otro á quien en tiempo de paz no había querido D. Práxedes enviar á Cuba por la razón de «que se iban á alzar contra él hasta las piedras», pero que, por lo visto, á juicio de D. Antonio, estando ya las piedras levantadas, era el más abonado á ponerlas otra vez en su lugar.

A todo esto iba pasando el tiempo, y el ministerio que presidía el Sr. Cánovas no estaba del todo satisfecho. Los ministros conservadores ponían en solfa, ciertamente, los desaciertos y desdichas de los liberales, pero también es verdad que

envidiaban, no las prosperidades que éstos no tuvieron, pero sí los pasos graciosos que tanto habían hecho reír al pueblo español durante la última época de gobierno de D. Práxedes, siendo uno de los que más les habían gustado el del general español con el embajador moro. Podía decirse, pues, dada esta preocupación, que la atmósfera ministerial estaba preñada de bofetones; y como cuando hay preñez, se ha de parir ó reventar, un día... ¡zas! uno de los ministros, el diplomático, el de Negocios Extranjeros, que á la sazón lo era el duque de Tetuán, larga un guantazo de padre y muy señor mío al desdichado que le cayó á mano, y que, como la escena tuvo lugar en el Senado, fué, naturalmente, un senador.

Todo esto era divertidísimo, y por tal tenían también los señores del reino lo de Cuba, procurando hacer creer á la gente que igualmente lo era para los soldados á quienes en continuas expediciones de 2.000 y 3.000 hombres iban enviando á aquella isla, y de los que dichos señores y sus agentes, y los agentes y los señores de la Compañía de vapores funebres encargada del transporte de aquellos infelices, aseguraban que iban contentísimos.

A propósito de esto hemos de referir que cuando el buque que conducía una expedición tocaba en Puerto Rico, los soldados, especialmente los analfabetos, solían reunirse en grandes grupos alrededor de un cabo, ó de un compañero que supiese leer, el cual leía en alta voz las noticias que de la insurrección cubana daban los periódicos locales, y que eran escuchadas con avidez. En los días en que ocurrió este incidente, la opera

LOS CRÍMENES DEL CARLISMO

(CONTINUACION)

da prender al Sr Segarra, persona respetable y pacífica.

Conducido á presencia del defensor de la religión, éste le anuncia que va á fusilarlo inmediatamente.

En vano el infeliz dirige al infame asesino las más ardientes súplicas, se arrodilla, le besa las manos y los pies, le dice que es padre de tres inocentes criaturas, estando próximo á serlo de cuatro, todos los cuales, con su esposa en cinta, no tienen más apoyo ni protector en el mundo que él.

Insultablemente todo. El desdichado Segarra fué encerrado en un cuadro formado por aquellos bandoleros, que dispararon sobre él, y cayó atravesado por varias balas.

PROPÓSITOS CRIMINALES

Que D. Carlos entró en España con el propósito de aniquilarla, pruébalo el que, en carta fechada el 14 de Diciembre de 1872 y escrita de su puño y letra, decía á Dorregaray al darle instrucciones para el levantamiento del día siguiente:

«Entretanto no debe descuidarse un punto el cortar los ferrocarriles é interrumpir los trenes, inutilizar las líneas y aparatos telegráficos, destruir la correspondencia oficial, apoderarse de los caudales y efectos públicos...»

Estas palabras dieron la consigna. Cuanto los bandidos de boina hicieron de criminal é infame, está contenido en ellas, y en lo que ese mismo tipo dijo á su hermano don Alfonso en Julio del 72, de que *«debía dejar hacerse la guerra sin cuartel»*. (Pirala, t. III, página 758.)

«Completamente autorizado te digo, que de un modo verbal y por medio de ayudantes de toda tu confianza, comuniqués las órdenes secretas de que en el combate no haya cuartel, que se maten cuantos enemigos se encuentren. Son facinerosos. No publiques en manera alguna la guerra sin cuartel, pero hazla, y únicamente ten consideración con las clases y tropa heridos. Esto no excluye las capitulaciones, que se observarán religiosamente; pero en el combate deja sentir todo el rigor de nuestra justa indignación.»

Y añadía la carta:

«En todos los documentos oficiales firmados por ti, que resalte la generosidad y se atribuyan los atropellos á causas ajenas á la voluntad decidida de S. M. y á la tuya, aparentando en ocasiones determinados castigos, y que aparezca por todos los medios imaginables se procura la guerra humana y civilizada.»

De esta manera cobarde, hipócrita y malvada se iba al exterminio del valiente ejército liberal; este proceder solapado, jesuítico, se recomendaba por D. Carlos contra los que peleaban noblemente y cara á cara. ¡Y gentes de esta estofa se atreven á presentarse ahora como honradas, morales y en condiciones de gobernar en España!

Los que, sabiendo esto, porque es histórico, siguen al lado de ese hombre y le proporcionan medios para que repita tan ahorcables hazañas son... dignos de estar á su lado.

1873

ENERO

Entran los carlistas en Tremp (Cataluña), y se entregan á los mayores excesos, incendiando con petróleo varias casas, haciendo prisioneras á las familias de los liberales, destruyendo los instrumentos de física del Instituto libre y todos los enseres de un café, robando camisas en las tiendas y asesinando á puñaladas después de la lucha al joven republicano Francisco Domingo, que había resultado herido en la refriega.

Exigen mil onzas de oro á un propietario de los alrededores de Tremp. Las da, y le exigen otras 500. Como se negase á ello, le cuelgan de los hierros de la chimenea, aplicándole fuego lento á los pies hasta que no tuvo otro remedio que entregárselas.

Los carlistas fusilan en Taradell á tres jóvenes que se resisten á seguirlos, prefiriendo morir á convertirse en criminales como ellos.

El cabecilla Maló se lleva y asesina al jefe de la estación de Glesa, únicamente porque, fiel á su obligación, permite la circulación de trenes.

Asesinan, colgándolo antes de un árbol, al presidente del Comité republicano de San Pedro de Ossor, escena que horroriza á al-

gunos de los mismos bandidos que la presenciaban, y que produce indignación terrible en la comarca.

Aplican el suplicio del fuego á un vecino de San Juan de Ramis, quemándole todo el cuerpo lentamente.

La sangre de inquisidor que todos esos miserables tienen en las venas, se manifiesta siempre que halla ocasión favorable.

Sorprenden los carlistas á la columna del regimiento de Luchana que mandaba el coronel Sr. Osta, y éste cae mortalmente herido á la primera descarga.

No siendo entre salvajes, todo prisionero es hoy respetado; pero los carlistas, por alardear de que lo son, desnudan al infortunado coronel después de robarle cuanto lleva, y lo dejan abandonado en el campo, donde expira al poco tiempo.

Y todo esto lo consiente el beato Lizárraga que iba al frente de aquella horda de bandidos, y que había sido amigo y compañero de Osta cuando éste mandaba en Madrid un batallón del regimiento del Príncipe y aquél el de Arapiles.

Ante los atropellos é infamias cometidos por los carlistas, dice un vecino del pueblo de Lladoy, que se había ido con ellos:

«Este es el pago que hemos recibido de esas hordas salvajes, después que nos quedamos sin comer para dárselo, y les albergamos en nuestras casas, dándoles nuestras camas y las de nuestros hijos para que descansan. ¿Podemos preguntar ahora al señor rector de Tortellá, si es decoroso y decente en un ministro del Señor incitar á los feligreses en el púlpito para que se levanten en armas en contra de sus hermanos, y si sus consejos de sangre y exterminio los dió Jesucristo á los que le crucificaron? ¿Estos son los procedimientos del padre encargado de la educación moral y religiosa de sus feligreses? ¿Qué diría su pueblo cuando vió que todo un sacerdote se ponía la boina y cogía un trabuco para derramar sangre inocente? Había en el somatén unos veintiséis curas de lo más furibundo, y lo más sensible es que no habrá castigo para el que tan mal cumple su misión de paz.»

El primer día que nos levantamos en somatén recibimos cuatro reales que nos entregó el Sr. Casamor de Navata, única retribución que hemos recibido, si bien el muy célebre Barrancot dió á algunos un pedazo de pan, como se da á los perros de caza. Ofrecimientos nos hicieron muchos; realidades, sólo vimos la del plomo de los fusiles, si nos descuidábamos.»

FEBRERO

Es asesinado el honrado vecino, padre de numerosa familia, D. José Xarrabá, por el bandido Pacunias.

Fusilan en San Feliú de Pallarols al republicano Simón Padragosa.

Reunidas varias pequeñas partidas carlistas entran en Adzaneta á las seis de la mañana, llaman á la puerta del alcalde, que aún dormía, en nombre del patrón que le llevaba la correspondencia, y le disparan varios tiros á quemarropa, dejándole muerto en el acto.

MARZO

Dos circulares que un diario carlista de Madrid insertó, con el mayor gusto:

«Ejército real de D. Carlos.—Columna de operaciones del Maestrazgo.—Circular.— Señor alcalde...: En vista de que la mayor parte de los alcaldes dan parte diario de las entradas y salidas de las tropas reales á las columnas republicanas, he dispuesto poner en conocimiento de los ayuntamientos de la provincia, que los que den parte de las entradas y salidas de las tropas reales, serán puestos á mi disposición y fusilados. Lo que comunico á usted para su conocimiento y los demás de las provincias, esperando que me acuse el recibo. Dios guarde á usted muchos años.—Useras 16 de Marzo de 1873.—P. O.—Francisco Bernabé.»

«Señor alcalde de la Sierra y demás de la provincia:—Habiendo llegado á mi noticia de que el gobierno republicano ha mantenido la orden del radical, para que todos los ayuntamientos tengan retenes de paisanos para la conducción de pliegos, dando parte urgente de las entradas y salidas de las tropas reales, ordeno y mando que, tanto dichas autoridades como los pliegueros que sean

aprehendidos, serán fusilados.—Lo que comunico á usted y demás ayuntamientos y pliegueros, para que no aleguen ignorancia, acusándome recibo de esta mi circular.

Dios guarde á usted muchos años.—Sierra Engarcerán 18 de Marzo de 1873.—El jefe Pascual Cucala.—Señor alcalde de Sierra Engarcerán y demás de la provincia.»

Y para que se vea que este vandalismo está en todos ellos, reproduzco el siguiente párrafo de un parte que dió Tristany del combate en que, con cuádruple fuerza, atacó á los pocos voluntarios que defendían á Poble de Segur, y que obligados por el número tuvieron que encerrarse en una torre, negándose bravamente á capitular:

«...dispuse, dice Tristany, que con toda rapidez se procediera al incendio, que se realizó á eso de las cinco y media de esta tarde, tomando tan colosales proporciones, que entre seis y siete de la misma quedó el referido edificio convertido en una horrible hoguera.»

Apagados los fuegos del enemigo, se retiró éste á lo más elevado de la torre, donde quedó reducido, y en la que se abrió una brecha con toda velocidad al efecto de que el humo y el fuego pudiese propagar en la misma, y cuando creía que todos habían ya perecido, si no abrasados, asfixiados, se me dió aviso de que se oían conmovedores lamentos.»

Indigna esa descripción hecha por el mismo que perpetró el crimen. ¡Y éstos son los que nos insultan, y dicen que defienden la causa de Dios!

Los que obran así no pertenecen á un partido político que merezca consideraciones de ningún género; son simplemente bandidos y asesinos; y los que los apoyan tan criminales como ellos.

Después de la guerra de merodeo y matanza á sangre fría que hicieron los petroleiros del legitimismo, ninguna persona honrada debía ser carlista en este país.

Caperochipi y Zubiaurre entran en Zaráuz, donde nacieron ambos, y cometen toda clase de excesos y tropelías.

Un infeliz padre de familia, enfermo y achacoso, portero de la fábrica linera, y que vivía en el establecimiento, fué apaleado; lo mismo hicieron con el maquinista del establecimiento, Jaime Forn, á quien dejaron casi sin vida, el peatón de Guetaria á Zaráuz; á una joven de Guetaria la pusieron en cueros y se gozaron en su vergüenza y sus lágrimas. El apaleador fué el mismo Hilario Zubiaurre.

Los primeros apaleados recibieron al día siguiente los auxilios espirituales, ya en la agonía. Eran casados y tenía cada uno dos niños de corta edad, y las mujeres en cinta.

Descarrilamiento entre Villafranca y Toluza por haber cortado la vía los carlistas. Muchas desgracias personales.

Tristany asesina á un miliciano de edad avanzada en la Poble de Segur.

Cucala, no habiendo logrado que volviera á tomar las armas un carlista del pueblo de Cuevas, se lleva prisionera á su mujer, que se hallaba en cinta de algunos meses, y sólo cuando ya, fatigada y casi exámine no pudo dar un paso, la dejó abandonada en medio del camino, donde abortó con grave peligro de su vida.

Cucala y Polo hacen matar á palos á algunos liberales de los que habían ido secuestrando por los pueblos en concepto de rehenes.

ABRIL

La partida del cabecilla Manolín del Praon se entrega al saqueo en Sama de Langreo, viola una joven, quema el ayuntamiento, da muerte á la señora del boticario Mendoza, y se lleva en rehenes á un infeliz republicano llamado D. Román, hasta el concejo de Aller, donde murió de resultados de los malos tratamientos que le dieron.

Santa Cruz trata de justificarse en la prensa de los asesinatos é infamias que había cometido, diciendo que los hizo por orden de Lizárraga, beato indigno y cobarde que don Carlos tenía al frente del ejército.

El bárbaro fusilamiento de una mujer, lo disculpa y hasta intenta justificarlo tachándola de espía.

Sorprenden las facciones de Tristany y Piñol (a) Panera, un destacamento de voluntarios republicanos movilizados cerca de Batea, y destrozan sin piedad á los que hacen prisioneros, cosiéndolos á puñaladas y encarnizándose en sus cadáveres.

Cogen al pobre aldeano Francisco Zabala, y después de insultarle, abofetearle y darle culatazos, conducenlo á Villaro, donde esta-

ba el cabecilla Velasco, y éste le condena, por sospecha de espionaje, á recibir cien palos.

Viendo que aún vivía, le condenaron á otros ciento, mas no los pudo recibir, porque expiró en la más terrible de las agonías.

Un tío y un primo del desdichado, que iban en la partida, presencian el suplicio con la satisfacción más viva; el fanatismo convierte al hombre en hiena.

Es asesinado por los carlistas en Ascó un vecino de ideas liberales, hallándose trabajando en el campo.

Un zapatero que iba á Bilbao con un niño de pocos años en busca de trabajo, es cogido por los carlistas de Abadiano y apaleado delante de la infeliz criatura, que miraba el hecho con ojos espantados sin atreverse ni á llorar.

Bando publicado por Saballs:

«Don Francisco Saballs, mariscal de campo de los reales ejércitos españoles y comandante general de las provincias de Barcelona y Girona:

En atención á los obstáculos inalicables que el llamado Gobierno de la República opone á la impresión y circulación de los periódicos legitimistas en escarnio de la ley, que se ha forzado, medio empleado para falsear la opinión pública que afrenta con su conducta, vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Quedan desde hoy terminantemente prohibidas en toda la demarcación de mi mando la impresión, conducción y circulación de todos los periódicos liberales, cualesquiera que sea la denominación ó matiz político que tengan ó representen.

Art. 2.º A los contraventores del anterior artículo se les cargará de la multa y en la forma que sigue: por la primera vez á los impresores les serán inutilizadas y quemadas sus imprentas; á los peatones y conductores en carruaje se les exigirá una multa de ciento á quinientos reales, según las condiciones. La reincidencia se castigará en todos los casos con pena de muerte.

Cuartel general de San Quirico de Besora 7 de Abril de 1873.—Saballs.»

A este miserable le llamaba Cruzado de la fe, como al cura Santa Cruz, el procaz y canallesco periódico *La Reconquista*.

Las facciones de Tristany y Piñol entran en Flix, donde roban una gran cantidad de dinero.

De allí salen para Batea, hallan un pequeño destacamento de voluntarios, logran coger algunos prisioneros y los acuchillan sin piedad, tarea que prosiguen aun después de ver que están muertos.

MAYO

Es fusilado el voluntario Araluce.

Con motivo de este fusilamiento y el de los hermanos Arruti, se verifica una imponente manifestación en San Sebastián pidiendo al gobierno la adopción de enérgicas medidas contra los carlistas.

El cabecilla Iturbe rocía con petróleo y quema vivo en Campazar á un anciano de sesenta años, y un joven casado y con familia recibe varios balazos en el cráneo y bayonetazos en el vientre, siendo después carbonizado su cadáver.

Los retratos circularon con profusión por Victoria, produciendo el hecho la indignación consiguiente.

Apalean y martirizan en el concejo de Güeñes á una infeliz mujer, acusada sin motivo de espionaje, hasta que muere á manos de los carlistas.

Casi expirante dejaron las facciones de Cucala y Vallés al jefe de la estación de la Selva; de tal modo lo maltrataron después de quemar el edificio.

Se apoderan en Morera los carlistas de un voluntario de la República.

Su anciano padre, llorando, se presenta á ellos pidiendo su libertad y ofreciéndoles 60 onzas de oro. Sus súplicas no hallan eco en el corazón de semejantes bandoleros, quienes desnudan al joven y lo cosen á bayonetazos y puñaladas.

Llega el cabecilla Miret á Calaf llevando atados á dos infelices niños á quienes había encontrado con dos partes dirigidos á una de las próximas columnas liberales.

Después de un pregón ordenando que antes de media hora le entregasen el cuarto trimestre de contribución, llama al alcalde y le dice que va á fusilar en la plaza á uno de aquellos dos desventurados.

(Continuará.)

Imprenta de D. Blanco, Libertad, 31